

Cuentos cortos

PRIMERA EDICIÓN

DIRECTORIO

Rector

Ing. Salvador Hernández Vélez

Oficial Mayor

Dr. Luis Gutiérrez Flores

Secretario General

Ing. Miguel Ángel Rodríguez Calderón

Tesorero

C.P. Jorge Alanís Canales

Director de Asuntos Académicos

Lic. Daniel Garza Treviño

Coordinador del Sistema de Infotecas Centrales

M.D.S. Salvador Zamora Trujillo

Revisión

M.C. Joel Alfaro Valle

Diseño y Edición

Dayana Michelle Salas Reyna

ÍNDICE

Introducción	1
El billete	3
Ana Patricia García Ramírez	
Mi jardín secreto	7
Maribel Garza Becerra	
El laberinto.....	9
Aleidy Johana Reyes Guerrero	
El mundo más allá de tus ojos.....	12
Daniel Luna	
Entrando a trabajar.....	17
María Elizabeth Márquez Serna	
Ese día estaba soleado.....	19
Francisca Guadalupe Garza Briseño	
La Montaña	30
Catalina Ma. Pérez Berumen	
La niña estrella.....	33
Ximena Ibarra	
La polilla esfinge.....	38
Sofía de la Peña Ortiz	
Una última luz	39
Sofía de la Peña Ortiz	
La visitante	43
Alma Beatriz Valdés Jaramillo	

Lobo Feroz	47
Karen Berenice Flores Domínguez	
Magia	58
Diana Carolina Jaramillo Salazar	
Olivia ha muerto.....	66
Dora Alicia Martínez Morales	
Paciente	68
Pedro Antonio Aguirre Coronado	
Pueblo verde	74
José Raúl Jaramillo Coronado	
Revelaciones de un Futuro Pasado.....	78
Jorge de la Garza Hernández	
Titulo.....	85
Sheccid Sarahí Rivera Hernández	
Trama y Tragedia	91
Diana Angélica Rodríguez Ruíz	
Una historia revelada.....	100
Roxana López Castañeda	
Una pequeña gran historia acerca de Ella	108
Por Lucía F. Cano Salazar	

INTRODUCCIÓN

La Infoteca, es muchas cosas, de hecho, podemos afirmar que cualquier biblioteca representa un algo diferente para cada uno de sus usuarios, y para cada uno de sus visitantes incidentales, la mayoría de las experiencias que tienen las personas en su relación con las Infotecas, las bibliotecas o como se conocen ahora los más modernos, centros de información, suelen ser positivas, ¿qué tanto?, muchos de los certificados y títulos universitarios de destacados profesionistas, se deben en parte, a lo que las bibliotecas pudimos hacer por ellos.

A lo largo de los veinticinco años que la Infoteca Central de la Unidad Saltillo, como primer nodo de lo que ha llegado a ser el Sistema de Infotecas Centrales de la Universidad Autónoma de Coahuila, hemos tenido la enorme oportunidad de ofrecer experiencias de lo más variadas a nuestra comunidad de usuarios, tanto entre quienes acuden a nosotros por razones académicas, como quienes buscan cultura o recreación, y quienes requieren un espacio para desarrollar algún proyecto o producto intelectual.

Cada día que la Infoteca abre sus puertas, significa un desafío para quienes trabajamos en las distintas áreas de servicio, cada jornada laboral nos reinventamos para satisfacer las necesidades de información de los usuarios, que es nuestra razón de ser, pero también para que el tiempo que pasan con nosotros, sea una experiencia enriquecedora para ellos, en reciprocidad a la que a su vez, ellos nos brindan a nosotros.

El libro que tiene en estos momentos en sus manos, es una de tantas maneras que hemos buscado y encontrado para recrear los servicios bibliotecarios. Teniendo como pretexto festejar el XXV aniversario de la Infoteca Central Saltillo, quisimos ofrecer, entre otras cosas, un curso para la redacción de

cuentos cortos, pues habíamos detectado la inquietud en muchos de nuestros usuarios a lo largo de los años, quienes además de cursar su carrera, deseaban aventurarse en la expresión por escrito de las historias que les rondaban en la mente.

Gracias a la gentil colaboración del profesor Joel Alfaro De Valle, universitario y ateneísta de toda la vida, pudimos ofrecer el Taller de Escritura Creativa para Cuentos Cortos, el cual recibió la entusiasta participación de ¡veinticinco inscritos!, quienes supieron aprovechar las enseñanzas del instructor, a tal grado que nos sentimos obligados a plasmar en un pequeño libro cada uno de los cuentos participantes, como demostración del esfuerzo, del ingenio, del potencial de los autores, entre quienes, más de uno podría incursionar mucho más profundamente en su vena literaria.

Quedan aquí, veintidós cuentos para el regocijo del lector, y como una prueba más de hasta donde podemos llegar las Infotecas, y sus usuarios.

El billete

Ana Patricia García Ramírez

— ¡Carlitos! ¡Ven para acá!

Al escuchar la voz de mi madre, mientras me encontraba en un encarnizado juego de canicas, fue como romper la acción ante una buena película.

Estaba a punto de ganar unas “agüitas” cuando renegando tuve que abortar la operación, sacudirme las rodillas y acudir al llamado de mamá, quien salió secándose las manos en su viejo mandil amarillo.

Ella me recibió con sus manos húmedas y trató de limpiarme la suciedad de la cara. Como no era nadadulce, yo sentía como me restregaba los cachetes y me tapaba los ojos. Como buen chamaco inquieto de sólo 9 años, me molestaba que me tratara como un bebé delante de la palomilla.

Ella sacó de su bolsa de mandil una moneda de 20 pesos. Era brillante y nueva. Hecha en ese mismo año de 1982. Tenía una flamante figura de la cultura maya y en su contracara el escudo nacional.

Yo la tomé, y escuché la orden.

— Ve a la tienda y me traes 20 pesos de frijol bayo. No me vayas a traer frijol negro ni pinto, porque esos no le gustan a tu papá. ¡Córrele!

Aun refunfuñando porque se interrumpió mi juego de canicas, me encaminé a la tienda. Empecé a lanzar la moneda al aire y oí a mamá gritar: ¡No la vayas a tirar! Es la única que me queda ya.

Al oír aquello la metí en el bolsillo derecho de mi pantalón. Pero, como lo traía llena de canicas, decidí guardarla en la bolsa de atrás y empecé a caminar.

Vivía en un barrio popular, de calles sin pavimento. Para ir a la tienda tenía que caminar un par de cuadras. Así que, cuando encontré un botecito en el suelo, no dudé en patearlo para jugar.

En el camino me correteó un perro. Después, me encontré a doña Soledad, una vecina viejita que batallaba para caminar. Me preguntó a donde iba y le respondí que iba a la tienda. Le quise mostrar la flamante moneda nueva.

Al meter mi mano en el bolsillo, estaba vacío. En ese momento vi mi vida ante mis ojos pasar. En mi cabeza retumbó la voz de mi madre diciendo: “¡Pobre de ti si la pierdes!”.

Al tomar camino para buscar la moneda, entre el polvo vi un papel morado. Tenía una carita con lentes. Un señor barbón muy serio. Lo levanté y lo revisé... ¡Era un billete de 100 pesos! Yo nunca había tenido uno así en mis manos. Solo había visto alguno en la cartera de mi papá. Me volví loco de alegría.

Corrí y se lo mostré a doña Soledad, que todavía iba con su lento andar. Dijo: “¡Ah! Es mío, lo acabo de tirar”. En su mirada vi que no era verdad. Me dijo con una sonrisilla malévola: “Dámelo, el dinero no da la felicidad”. Pero yo no le hice caso, se lo quité y hui del lugar.

En el camino iba haciendo cuentas y planes. Pensaba que podía comprar muchísimas cosas. A esa edad solo conocía las monedas, nunca me habían soltado un billete.

Me alejé con aires de gran señor y decidí que no iría a la tienda de la esquina. Me iría más allá, hasta la Conasupo, la tienda más popular.

Cuando entré, fui directo por el frijol. Costaba \$21 pesos el kilo. Hice cuentas y decidí que podía sorprender a mi mamá llevando dos kilos. Los pedí.

Anduve por los pasillos. Pensé mil cosas. Quería comprar un cuaderno para mi escuela, pero casi me voy de espaldas cuando vi que costaba ¡\$170 pesos! Luego vi los tenis Puma, mi sueño dorado y ni de chiste los iba a completar, ni con descuento.

Me paseaba por toda la tienda. Por primera vez agarré un carrito y me sentía como un señor rico. Aunque al verlos precios nada lograba completar.

Decidí llevar más comida. Agarré un pollo, una bolsa de arroz, dos bolsas de leche y mis dos kilos de frijol bayo, porque el negro y el pinto no le gustan a papá.

Finalmente me encaminé a la caja. Había una larga fila, agarré una revista donde vi una pintura con una calaca muy emperifollada. Años después supe que era un gran mural llamado “Sueño de una tarde dominical en la Alameda Central”, de Diego Rivera.

Mientras estaba en la fila vi la obra a detalle, y me distraje buen rato. Cuando por fin llegó mi turno, me dieron el total. Serían algo así como \$78 pesos y yo pensé orgulloso: “poderoso caballero es don Dinero... ¡hasta me va a sobrar!”. Busqué mi billete... no estaba.

Metí la mano al otro bolsillo... nada. Empecé a esculcar y canicas por aquí, pelusas por allá. Nada. Solo mis dedos salían por un agujero en el bolsillo de atrás.

La cajera me pedía una explicación, pero yo no podía. No puedo hablar en público. Me da miedo. Me quedé mudo. Salí corriendo de la tienda, muy avergonzado, asustado. En mi loca carrera casi tumbo al aludonero que pasaba por el lugar. Corrí hasta la plaza y me senté en la banqueta a llorar. Quería regresar a la tienda, buscar mi billete morado, pero por las lágrimas no podía pensar.

Regresé a casa derrotado y cuando le conté a mi mamá, me dijo que la moneda de \$20 pesos yo la había tirado ahí mismo en el zaguán. Que ella la había levantado, así que me la dio de nuevo y volví por el kilo de frijol. Ya no fui a la Conasupo. Me fui a la tienda de siempre y traje el frijol bayo, porque de otro no le gustaba a papá.

Era 1982. Hoy tengo 43 años y aún en mi mente vive la fantasía de aquel billete morado de 100 pesos, y todo lo que me habría gustado comprar.

FIN

“Mi jardín secreto”

Maribel Garza Becerra

”
—

A lo lejos se observaba una verde pradera y el olor al rocío de las flores. Aquel hermoso lugar, con árboles, flores multicolores y un cristalino cause de agua, todo invitaba a reposar y disfrutar. En él se encontraron tres animalitos.

Un oso, un caballo y un pececito. Disfrutaban de aquello que era su hogar y lo que ellos conocían.

De paz, tranquilidad y hermosas sensaciones de agradecimiento a Dios por tan bella creación.

El oso era labrador. Había querido ser médico, pero sus grandes sueños se frustraron en su niñez. Eso no lo detuvo. Ejerció su oficio con grandeza y honor, al grado de ser el mejor maestro de matemáticas para sus retoños, quien estuviera cerca de él y lo necesitara.

El caballo era letrado, defensor, medianero y a veces patrocinador. Era como los corceles indomables, pero de sentimientos tan bellos y amorosos que lo seguían algunos.

El pececito, era un angelito pequeño e inocente que sólo aprendía escuchándolos, admirándolos. Era sumamente enseñable.

Pasaban sus días en ese bello lugar. Jugaban, hablaban, reían, de todo un poco.

Un día se le ocurrió al caballo decirles algo que tenía tiempo en su cabeza.

Con apariencia de melancolía dijo: “La vida es como un Yoyo”

El oso feroz, que era el mayor en años y experiencia, le contestó repitiendo la frase: “La vida es como un Yoyo”. Suspiró: “Así es, o una rueda de la fortuna”.

Para incluir al pequeño en la charla, explicó qué era eso del Yoyo, ya que el pescadito no sabía de qué hablaban.

Dice El oso: “¡Mira, Pita ...!” Así le decían de cariño al peque. “...un yoyo o fufú es un juguete hecho de dos discos de madera o plástico, unidos por el centro. Lo que permite sujetar y enrollar un cordón con uno de los dedos de las manos. Y al dejar caer, éste se desliza para subir y bajar.

Así en la vida, algunas veces decimos que subimos y bajamos. Con lo que logramos en ella o lo que no logramos, pequeño”.

El tierno pecesito verde esmeralda, que invitaba a una gran tranquilidad y sensación de paz, efusivo exclamó: “¡Que padre! ¡Suena divertido y gozoso! Puedes explayarte”, replicó. “Así es”, proclamó el grandulón, enternecido.

Ni unos segundos transcurrieron cuando el percherón suspiró, tranquilo durante unos segundos, para trotar hacia la pradera relinchando **Nunca pierdo: o Gano o aprendo.**

Así termina cada día en esa bella sabana verde de vida y dulzura. Aquellas charlas y convivencia, que al caer el sol se aquietan y convierten en luz resplandeciente que ilumina el universo, invadiéndolo de silencio. Como si fuera una bella pintura en resguardo del creador que cada día cobra vida al salir el astro que llamamos “sol”. Luz que da vida a ese jardín secreto de aquellos seres vivos y maravillosos.

FIN

El laberinto.

Aleidy Johana Reyes Guerrero

La historia comienza en un laberinto muy interesante, muy extenso y de bella apariencia. Lleno de flores que nunca jamás había contemplado. Árboles gigantes que daban oxígeno puro que, cuando descansabas en sus grandes sombras, sentías una libertad como ninguna a otra.

Era un laberinto que cualquiera hubiera deseado recorrer.

Sin más tiempo que perder, Luna alistó sus cosas y decidió emprender una aventura.

La gente le advertía de su recorrido. Decían que en ese laberinto habitaba una bestia mala, terrible y muy peligrosa. Era una decisión muy conflictiva el querer entrar.

Pero también era un camino revuelto, misterioso y hermoso.

Luna, por un momento, dudó de los rumores. Sin embargo, ella era muy liberal y siempre tomaba decisiones sin importar lo que dijeran los demás. Actuaba con el corazón. Con la pasión y la inmadurez de una chica de 16 años.

Tenía curiosidad de conocer algo nuevo. De recorrer cada enredo y cada vuelta de ese nuevo mundo por descubrir. Y decía que era ahora o nunca más. Tomó sus cosas y emprendió el viaje. Cogió una mochila donde puso lo necesario, sin olvidar una pluma y un cuaderno, donde escribiría cada experiencia.

En ese recorrido, ella se cegó de tanta maravilla. Jamás había presenciado y vivido cosas tan hermosas como aquellos 5 años que pasó dentro.

Descubrió que esa bestia era el mismo ángel en vida propia. Era el amor, su primer amor. Que tan lindos llegaron a ser esos años dentro de ese laberinto. Lo recorrieron juntos increíblemente. Un ángel que le demostró lo mejor de ella. Aventuras, amor y felicidad. Cada enredo era una nueva historia, donde relató todo lo vivido. Descubrió la luna en todas sus fases y escribió infinidad de metáforas de la misma. Se vio a sí misma en una piedra, en un cactus y vivió, sin mirar atrás, de la mano de aquella bestia que le enseñaba un mundo diferente y nuevo.

Fue feliz.

Cuando llegaron a una cuarta parte de terminar ese trayecto en el laberinto, todo se tornó de color gris

Era época de invierno. Las flores se marchitaron. Los árboles desaparecieron. El amor también. Ese ángel nunca lo fue.

La alimaña conoció tanto a Luna que ella mismo dudó de todo. Dudó de que ya no había nada que descubrir.

Su respuesta era el mismo amor que fue tanto que la dejó vacía.

Dejó todo su ser en sus manos, en su alma. Se perdió en ese laberinto. Se cegó de ficción. Era tanta la confusión de no encontrar salida. De no encontrar el porqué. De no tener un futuro.

Duró mucho tiempo tratando de averiguar la salida. Se quedó estancada y se volvió loca.

¿Tanta belleza era posible?

A diferencia de hace unos años, no había un espíritu celestial. Que ingenua al creer que la bestia era un ángel.

Su instinto era así. Bestia malvada. Hoy como ningún otro día en años decidió encontrar la salida de ese tormentoso laberinto. Hoy quiso averiguar el regreso. Retroceder para llegar al inicio de esa historia. Reencontrarse con sí misma. Volver a empezar y huir lejos de ese lugar.

Quiso volver pronto. Encontrar el camino de vuelta. Sonreírle a su alma e irse lejos a descubrir una nueva historia esta vez de ella misma.

Al igual que este cuento, todos recorreremos laberintos, montañas, galaxias y mundos desconocidos cuando encontramos el amor.

FIN

El mundo más allá de tus ojos

Daniel Luna

El primer día del último mes del otoño, 83 años antes de nuestra era, Eligio Luna había descubierto la tierra bajo sus pies. El mundo en aquel entonces no era diferente, a excepción de la gran cantidad de historias, las cuales en ese tiempo eran días comunes. Una de tantas, ocurrió en un torrencial noviembre cuando las hojas en el suelo predicen la siguiente helada.

A las 3 de la mañana, después de un turno de 12 horas entre los hornos de la panadería, el niño Eligio caminaba por el mismo sendero rumbo a su hogar. Puntualmente, un perro negro esperaba en su trayecto una pieza a cambio de su guardia por el resto del camino. Juntos, el animal y el niño, continuaban por las calles de tierra hasta la única casa con luz eléctrica, donde el primero se alejaba del segundo debido a que, tanto uno como el otro, sabían que un nicho de la Virgen de Guadalupe marcaba el final de su convivencia. Todas las noches, la escena se repetía. «Quizá tenía un hogar propio y alguien lo estaba esperando».

Tiempo después, Eligio confió el secreto de su extraño velador a sus compañeros de la panadería, quienes le comentaron supersticiosamente que aquel perro era un Nahual. «¿Un nahual?» Pensaba Eligio con sorpresa, pues existía un universo de cosas que desconocía. Esa palabra era una de tantas que no tuvo la oportunidad de aprender. Por lo tanto, como católico, consultó a su sacerdote de confianza, debido a que sólo una autoridad religiosa podía responderle las preguntas que los demás ignoraban.

—Un nahual es un ser maligno. Una criatura que habitaba hace mucho tiempo en este país. Eran hombres quienes vivían pactados con el diablo para obtener poderes antinaturales. El más común era transformarse en animales domésticos. Los nahuales son peligrosos. Un hombre que roba o se casa con su propia sangre se convierte en nahual.

No obstante, el padre no respondió la interrogante principal. Gracias a su temperamento el cual no le permitía responder las preguntas de un niño. Con más dudas que al inicio, Eligio regresó a los hornos a iniciar su trabajo, pensando en cómo podría librarse del nahual. La solución se la dio uno de sus compañeros, el cual contó cómo un familiar lejano se deshizo de aquella indeseada compañía: mediante *palabras mágicas populares*. Es decir, groserías, o lenguaje altisonante usado comúnmente entre las personas.

Temeroso a un ataque, esa madrugada, Eligio salió de la panadería sin su habitual ofrenda. Listo para comenzar a gritar las pocas maldiciones que conocía. Practicó unas cuantas veces antes de llegar con el perro y una vez frente a él, caminó nervioso sin prestarle demasiada atención. La criatura se veía diferente a las noches anteriores. Esta diferencia impulsó a chico a comenzar con el ritual recomendando. Después de varias frases que sonaban como golpes, el perro negro se detuvo. Soltó una risotada y se rodeó de una espesa nube gris de la cual resaltaban un par de luces rojas a la altura de los ojos. De las sombras, la figura se levantó. Con entonación severa, se dirigió al pequeño asustado.

—Tranquilo, niño. No soy yo de quien debas temer. Mira a tu alrededor. Hay miles de cosas inexplicables y unos cuantos como tú pueden observarlas. Eres afortunado. Sabes tan bien como yo que la realidad es más de una. En

ella existen explicaciones muy largas y tus ojos, tan naturales como sensibles, te han abierto la posibilidad de verme. Cuídate y no juzgues la naturaleza de la cual también formas parte. Quizá algún día tu habilidad te salve de otros como yo con otras intenciones.

Con la oscuridad cubriendo su rostro, la sombra se alejó del niño y nunca intentó encontrarlo de nuevo. Eligio caminó hacia su casa asustado, consciente de que no podía contarle a nadie lo que había visto. Por lo que continuó su vida testigo de cientos de cosas sorprendentes. Desde proyecciones cadavéricas hasta personificaciones de las leyendas más populares. No obstante, nunca se supo de la conexión entre la vida del muchacho y la naturaleza oculta del mundo.

Al cabo de siete años, Eligio abandonó la panadería para adentrarse en el taller de los herreros. Y a así fue como un domingo de pascua ocurrió el evento más impresionante en la tradición moderna del pueblo de Culhuacán.

En la misa dominical de adviento en 1955, Eligio de 17 años desempeñaba labores domésticas para la comunidad eclesíástica mientras sus vecinos arribaban a la puerta del santoral. Desde uno de los vitrales, el muchacho observaba a los feligreses acercarse. Al mismo tiempo, sacudía el traje del padre encargado de la celebración.

De entre todas las actividades, la principal era la venta e intercambio de animales en la plaza frente a la parroquia. Uno a uno, los ganaderos llegaban con sus animales de carga a la exhibición. A las afueras, un granjero de edad avanzada se acercaba con un burro, moteado con salpicaduras color ocre. El dueño se encontraba en una situación difícil, pues el animal precipitaba su cuerpo

para dejar de caminar por lo que el anciano hacia uso de todas sus fuerzas para tirar de la cuerda atada al cogote. El joven, al ver esto, se ofreció a llevar la pesada labor hasta la iglesia. Pues, como todos sabían, era necesario que la mercancía fuera bendecida para su venta oportuna. Sin embargo, cuando Eligio tocó la cuerda, sintió una sensación trágicamente conocida. Una emoción que con los años aprendió a identificar.

Una vez auxiliado, el señor dejó a su cargo al burro mientras el regresaba por el resto de mercancía. Ya que, según explicó, temía que desapareciera igual que hace unas semanas. El joven se esforzó e hizo entrar a la criatura a la iglesia, pero una vez dentro el burro soltó un espeluznante alarido, el cual obligó al muchacho a soltar las riendas para cubrirse los oídos.

De pronto, la piel del burro comenzó a despedazarse y sus colores animalescos fueron remplazados por la piel desnuda de un ser humano. Un segundo más tarde, el hombre se abalanzó sobre el muchacho quien se protegió el rostro con los brazos. El extraño no dejaba de tirar golpes. Eligio intentaba regresárselos, iniciando así una disputa la cual terminó gracias al cinto bendito del padre, que el joven aún tenía en sus manos. Con la ayuda de su experiencia como herrero, estiró el cordón. En un movimiento, lo lanzó al torso desnudo del nahual, quien comenzó a debilitarse al contacto del objeto. Sin perder tiempo, el joven se levantó y ató a su agresor con el mismo material. Ya inmovilizado, lo sacó a rastras del templo antes de que alguien lo viera.

Afuera, ambos se tomaron un respiro lo suficientemente largo para pensar en el siguiente movimiento. No obstante, antes de tomar una decisión, el incauto comenzó a rogar por su libertad.

—Suéltame, por favor. Prometo no volver a este pueblo. Dame una oportunidad. No soy un hombre malo, mi naturaleza me orilla a depender de lo ajeno y no quería que me entregaras.

—¿Qué hay del anciano? ¿Qué harás si te suelto?

—Robé por necesidad. No me acercaré a él de nuevo. Lo prometo. Haré lo que sea que me digas. No tengo la culpa. Yo no elegí esto.

—Todos podemos elegir. Creo que esta vez elijo dejarte ir. Pero tienes que ser diferente. Si te vuelvo a ver revelaré tu identidad.

—No, no, no. Te lo juro.

Con esa promesa, el joven desató al hombre quien se apresuró a salir de las cercanías. Eligió regresar con el dueño y le contó que un viajero compró al animal por lo que deseaba entregarle el dinero. La cantidad era justo el salario de herrero que el muchacho había juntado en los últimos meses así que el señor se alejó tranquilo por haber obtenido una cantidad mayor a la esperada. Con el granjero lejos, el muchacho continuó con sus labores teniendo en mente a ese hombre nahual. Incluso, años después, lo reconoció vendiendo en un puesto de herramientas. El sujeto también identificó al joven en el padre quien ahora caminaba junto a tres niños por el mercado. Eligió, sin decir nada se marchó con la promesa interna de que a sus hijos les proporcionaría el universo de letras y números, el cual desconocía, para que jamás se enfrentarían al mundo que lo atemorizó toda su vida. Un mundo el cual respeta. Por lo que a veces tan sólo deja las cosas en donde están para proteger a los que ama con compasión y honestidad.

FIN

Entrando a trabajar

María Elizabeth Márquez Serna

Todo comenzó un 14 de abril de 2015, cuando Vane inició sus labores en la Universidad en la Dirección de Planeación, en ese momento se sintió algo nerviosa, pero de emoción. Cuando entró le dijo la recepcionista

- ¡Buenos días, ¿En qué te puedo ayudar?, le mostró su carta de trabajo y le dio el paso hacia la oficina de su futura jefa.

- ¡Mucho gusto! mi nombre es Vanesa, pero me gusta que me digan Vane.

- Hola, soy Leticia y vas a estar colaborando conmigo por 2 meses cubriendo una incapacidad de embarazo.

Pensó ¡dos meses, es poco!

Ese día le explicó todo sobre el departamento y cuáles serían sus actividades, ella esperó con ansias la hora de salida, ya que no había almorzado nada. Se dieron las 3:00 PM y muy emocionada corrió por su mamá para contarle todo.

Pasaron los dos meses, por cierto, los compañeros le organizaron una despedida, agradeció por los momentos compartidos y lo aprendido. Al final sintió felicidad, pero a la vez tristeza porque ya no tenía alguna plaza que cubrir, cuando llegó a casa recibió una llamada y le dicen:

- Con la señorita Vanesa,

- ¡Si, ella habla!

- Tenemos una vacante en el área de servicio social en la Coordinación, ¿se podría presentar el día lunes?,

- ¡Claro, ahí nos vemos!

Llegó el día y se presentó igual que la vez anterior, fueron agradables las actividades por el hecho de que apoyó a los alumnos. Sólo que esta incapacidad fue por 15 días. Al término de la suplencia, se encontró a una compañera que conoció en la Dirección de Planeación y le dijo.

Gusto verte justo estuve pensando en ti porque hay una vacante para recepción.

Posteriormente la recomendó con la directora, esperó ahí una hora, cuando de repente escuchó.

- Ya puedes pasar a su oficina, le hizo la entrevista y platicó un poco de todo. Salió con una sonrisa diciéndole a Florinda.

- ¡Ya me quedaré aquí!, le contestó, felicidades y bienvenida, le asignó un lugar. Después de dos años un día de pago, ella observó su nómina, dónde ya estaba asignada su base, corrió hacia su compañera y le dijo.

- ¡Ya me dieron mi base!, Florinda le contestó.

- ¡Muchas felicidades, por cierto! ¡En la Biblioteca hay un espacio que quedó libre!

- Le dijo muy emocionada que sí porque quería seguir aprendiendo.

- De inmediato le programó una cita con el Coordinador de la Biblioteca.

- Que es donde se encuentra laborando actualmente.

FIN

Ese día estaba soleado

Francisca Guadalupe Garza Briseño

La densa sombra con la que lo cobijaba aquel frondoso árbol, le ayudaba a cubrirse de la luz del sol que hacía que su pálida piel se sonrojase. El viento era fresco sin llegar a ser frío, era agradable, tanto así que Juan no tuvo que esperar mucho tiempo antes de que sus ojos se cerraran y cayera en un profundo sueño.

Momentos después, sintió que su cuerpo era alborotado y despertó un poco asustado, sus ojos, que al principio mostraban miedo, se entrecerraron para mirar con un gesto de disgusto a la chica frente a él que le observaba con una sonrisa, como si segundos antes no lo hubiera perturbado de su sueño.

– ¿Estabas durmiendo? – cuestionó la ingrata muchacha como si no fuera consciente de que la pregunta estaba demás

– ¡No! – contestó Juan con un notable desagrado en su tono de voz – sólo estaba cerrando los ojos para que quienes me vieran creyeran que dormía – la ironía en su voz era clara, pero aun así, la inocencia o quizás ignorancia de la muchacha frente a él, la llevaron a susurrar un simple – ya veo – antes de apartarse y estirar su mano para que Juan la tomara y se apoyara en ella para ponerse de pie, cosa que hizo enseguida, ignorando la respuesta de la chica.

Una vez de pie, Juan estiró su cuerpo para despabilarlo de la somnolencia que aún le invadía – ¿Qué haces aquí, Karla? Creí que te habías mudado a otra ciudad hace meses – ambos chicos comenzaron a caminar a la orilla del camino, frente al cual se encontraba el árbol que minutos antes sirvió de sombra para el joven

– Lo hice, me mudé con mi tía a la capital para poder continuar con mis estudios, pero recordé que no me había despedido, así que vine a visitarte para decirte adiós – una risa llena de ironía se escapó de los labios del muchacho, quien la miró de reojo

– Viniste hasta acá desde la capital, sólo para despedirte de mí – sus palabras afirmaban lo dicho por la contraria, pero el tono sarcástico con el que lo dijo, hizo que sonara como algo raro – que ironía, pero no debería sorprenderme, tú siempre eres así – la chica, que hasta ese momento no había dejado de sonreír, amplió su sonrisa y lo miró levantando sus hombros, un simple gesto que Juan conocía a la perfección y que significaba sólo una cosa, que ni ella misma lo entendía.

Continuaron su trayecto en silencio, hasta que Karla divisó la iglesia del pueblo a lo lejos, entonces comenzó a correr, al ver que Juan no hizo lo mismo, regresó, tomó su mano y volvió a emprender el rápido andar llevándolo consigo, hasta que ambos estuvieron frente a la entrada principal del majestuoso edificio

- ¿Qué estás pensando Karla? Sabes que no podemos entrar sin el permiso del Padre - ambos habían corrido, pero sólo a Karla le tomaba esfuerzo recuperar el aliento, siempre había sido la más débil en cuestión de salud, y, aun así, siempre era la que saltaba y corría por todos lados, aunque después tuviera que sentarse hasta que sus pulmones volvieran a funcionar como debían

- Sólo quiero... - hizo una pausa para tomar aire - entrar un rato - otra pausa - y ver - respiró hondo - el cielo estrellado.

Antes de que Juan pudiera decirle que no debían entrar sin permiso, Karla ya estaba corriendo por los pasillos de la iglesia. Se detuvo al llegar al frente de los asientos, caminó 10 pasos y se recostó en el piso, palmeando el suelo a su lado para que su compañero se recostara junto a ella

- Veo que todos los regaños que recibiste del Padre Lupe no te sirvieron de nada - pese a haber dicho eso, el muchacho hizo lo que le indicaron, y de un momento a otro, ambos amigos estaban echados boca arriba, observando las estrellas que adornaban la iglesia por dentro - Juan ¿sabes por qué me gusta tanto estar aquí? - lo sabía, porque ella lo repetía todo el tiempo - sí, te gusta porque incluso si vienes por la noche, puedes encender la luz y ver el cielo azul cubierto de estrellas - Karla sonrió y se giró para verlo - es cierto - susurró - pero sólo me gusta verlo si estoy contigo, porque no me llamas loca - el lugar se llenó de pequeñas risitas que poco a poco subían de volumen, lo que aparentemente alertó a un monaguillo que estaba cerca, y entró a la iglesia en medio de gritos, asustando a los dos amigos que se levantaron en seguida y huyeron del lugar.

Siguieron a toda velocidad hasta que se percataron de que el monaguillo ya no los seguía, y al detenerse, pudieron darse cuenta de que estaban frente al quiosco de la plaza del pueblo. El lugar parecía estar vacío, excepto por un hombre que barría el polvo

– ¡Don Luis! – se escuchó una voz femenina, y aquel hombre volteó y saludo a los jóvenes moviendo su mano derecha, ellos correspondieron el saludo de igual forma, y luego se encaminaron al interior del quiosco.

Habían pasado meses desde la última vez que Juan había estado allí, e inevitablemente se vio asaltado por la nostalgia. De pronto, pudo apreciar a un par de niños jugando con una pelota dentro del quiosco, no tardó mucho en comprender que se trataba de Karla y él cuando recién se volvieron amigos, en ese entonces solían ir de un lado a otro en la plaza, pasaban de jugar pelota en el quiosco a saltar en la fuente a correr por los alrededores. Y allí estaban sus memorias, cobrando vida en pequeñas imágenes que iban de un lado a otro, como si de una película se tratase, y mientras él seguía sus recuerdos con la mirada, el rostro soñador y risueño de su amiga se atravesó frente a sus ojos, ella le miraba con cierto cariño, uno que él podía sentir en su corazón debido a la calidez que le transmitía, y sin dejar de observarla, su rostro se iluminó con una sonrisa sólo para ella, una bella mueca que fue inmediatamente correspondida, y entonces, como si aquel intercambio de sonrisas fuera suficiente para ponerse de acuerdo, ambos emprendieron carrera de nuevo yendo de aquí a allá por toda la plaza, yendo a la par con aquel par de niños.

En ese momento, el tiempo parecía no existir, el pasado y el presente danzaron juntos, y por primera y última vez Karla y Juan pudieron tomarse de la mano y jugar como cuando eran niños, como si aún lo fueran, y lo eran, eran niños jugando a ser adolescentes, y adolescentes jugando a ser niños.

Y de un momento a otro, el sol comenzó a caer, se había hecho tarde, y los dos compañeros estaban descansando sobre el pasto después de una larga jornada de juegos. Se sentían felices, plenos, a Karla parecía ya no costarle tanto trabajo recuperar el aliento, así que pudo disfrutar como nunca aquella tarde junto a su mejor amigo.

Mientras el tiempo transcurría la noche se acercaba. Ambos muchachos caminaron hacia el túnel, habían decidido ir a alimentar a los caballos como en los viejos tiempos. Como no era muy tarde el dueño de los corceles los dejó alimentarlos, después de todo no era la primera vez que lo hacían. Y así fue como ambos se quedaron solos en las caballerizas al cuidado de aquellos bellos animales, que solían montar a escondidas en las vacaciones de verano para dar paseos por el pueblo. No se apresuraron en alimentarlos, querían disfrutar del grato momento ahora que tenían la oportunidad, pero cuando se percataron de que era tarde, dejaron a los caballos y caminaron de vuelta a casa.

El cielo estaba adornado por una cobija de estrellas que resplandecían en lo alto pareciendo inalcanzables. Se detuvieron por un momento para apreciar el paisaje sobre ellos – en mi próxima vida – habló la fémina – quiero renacer como una estrella – para su acompañante escucharla decir eso no era nada nuevo, aunque esta vez parecía decirlo con firmeza y seriedad, aunque no dejaba de sonar como un deseo lanzado al viento – lo serás, y así yo podré verte por las noches y contarte como estuvo mi día – Juan no solía ser muy cariñoso, pero en ese instante, sus palabras llevaban consigo una promesa llena de ilusión para la chica junto a él – y ¿Qué pasara en los días nublados? Con tanta niebla no podrás verme – en lugar de hacerle notar lo sentimental que sonaba, Karla prefirió sólo seguir la conversación – incluso si no puedo verte, sabré que estás ahí... tú sí podrás verme y escucharme, y eso será suficiente para mí – no hizo falta que ella dijera nada más, su mirada hablaba por sí sola, y reflejaba lo agradecía que se sentía.

Era hora de continuar su andar, pero la figura de un caballo pasando junto a ellos a toda velocidad cambió sus planes – ¡Gary se volvió a escapar! – ambas voces hicieron eco en la oscuridad, y como si no hubieran corrido lo suficiente en ese día, de nuevo tuvieron que emprender con velocidad para atrapar al travieso caballo, y llevarlo al establo antes de que alguien notara su ausencia. Se dirigieron al mismo lugar al que Gary solía escapar desde que era un pequeño potrillo. Y tal como lo supusieron, el ahora semental estaba robándose las manzanas de Don Armando, el alcalde del pueblo que tenía un par de enormes manzanos.

A Gary le gustaba escaparse para ir a comerse las manzanas que caían de árbol y gracias a lo predecible que era, los muchachos no tardaron en dar con él – ¡Ay, Gary! Siempre es lo mismo contigo – Karla regañaba al animal mientras este la veía sin dejar de comer. Ambos sabían que, si lo llevaban en seguida de vuelta al establo, se escaparía de nuevo, así que lo dejaron comer hasta llenar, y luego lo montaron y emprendieron marcha de vuelta al hogar del caballo.

Los días de febrero solían ser fríos, pero tal vez por ser los últimos días, el aire que chocaba con los cuerpos de los amigos era cálido, la primavera no estaba realmente cerca, pero el fin del invierno sí, y quizás era gracias a eso que ninguno de los dos sentía frío, pese a que eran cerca de la media noche. El ambiente era tranquilo y silencioso – Juan estoy cansada – la voz de la chica era suave y las palabras no resonaban con fuerza, podía percibirse el agotamiento en ellas – sé que empezamos esto juntos, pero ¿puedes seguir sin mí? – el rostro de Juan se mostraba desconcertado – pero ¿de qué... hablas? – dejó de sentir la presencia de su amiga por lo que se giró sólo para darse cuenta de que ella ya no estaba – ¿Karla? – pero nadie contestó.

El muchacho siguió su camino y regresó a Gary al establo, después caminó en silencio hasta su casa. Iba solo, andando por el pueblo, hacía su morada, pero antes de que pudiera llegar, un frío viento impactó con él y le heló hasta los huesos, y entonces despertó. Se encontrababajo aquel árbol donde horas antes se había quedado dormido. Ya era tarde, pero el sol aún no se ocultaba – todo fue un sueño – murmuró en voz baja no queriendo que nadie más lo escuchara, aunque no había nadie más ahí.

Se levantó con algo de dificultad, y tuvo que estirar bien su cuerpo para poder caminar sin problemas, había dormido en tan mala posición que sabía que su espalda dolería al día siguiente. Después de estirar bien su cuerpo se dirigió a su casa, esperando no ser recibido por un sermón de parte de su madre, debido a lo tarde que era, sin saber que ese sermón habría sido mejor que lo que estaba por escuchar. El rostro de su madre estaba enrojecido y la zona alrededor de sus ojos se veía hinchada, era claro que había estado llorando. En cuanto entró a su casa fue recibido por un ambiente lleno de tensión y tristeza, él no sabía que estaba sucediendo, pero ver a su madre de esa forma le hacía entender que era algo malo.

– ¡Ay hijo! – sintió la mano de su padre apretando ligeramente su hombro derecho, mientras su madre lo miraba como buscando una forma menos dolorosa de darle la trágica noticia – Karlita... ella – bastó con escuchar su nombre para saber lo que estaban por decirle – tuvo un accidente – esta vez fue la voz de su padre la que resonó en su cabeza – chocó en su motocicleta contra una camioneta, la llevaron de emergencia al hospital, y murió hace menos de una hora en medio de una operación – sintió los brazos de su madre sostenerlo, y fue entonces cuando se dio cuenta de que sus piernas habían dejado de responderle, estaba en estado de shock, y lo único que pudo decir en un pequeño susurro casi inaudible fue – ella vino a despedirse.

Los padres de Karla no pudieron costear el traslado del cuerpo desde la ciudad hasta el pueblo, así que fue sepultada en la capital. El funeral estaba repleto de los familiares y amigos de la fallecida. Todo el mundo lloraba, nadie podía creer lo que había sucedido, había sido tan repentino, que algunos seguían si creerlo, mientras que otros estaban en shock. Cuando fue la hora de despedirse, Juan colocó su mano sobre el cristal del ataúd y miró a su mejor amiga del otro lado. Ella se veía tan tranquila, como si sólo estuviera durmiendo, llevaba puesto su atuendo favorito, un ligero vestido de lana color azul adornado con flores blancas, su cabello estaba recogido en una media cola, ya que era el único peinado que le gustaba por qué, en sus propias palabras, “no es tan complicado y se ve bonito”, casi sentía que la escuchaba alardear sobre lo bien que se le veía.

Era ella, la chica que conoció frente a la iglesia, la misma que lo defendió de un par de matones abusivos, quien siempre lo hacía correr, aunque después tenía que sentarse a tomar aire, la misma que lo convencía de robar los caballos para aprender a montar, quien le enseñó cómo cazar liebres en el monte y no morir en el intento.

Era su mejor amiga, y ahora era su turno de despedirse de ella – Karla – susurró – está bien, no estoy enojado, sé que lo intentaste, pero estabas tan cansada... así que está bien – una traicionera lágrima se deslizó por su mejilla – de ahora en adelante te contaré todo por las noches, cuando salgas a verme – tuvo que sorber su nariz y limpiar sus lágrimas para poder continuar – porque sé que nacerás de nuevo como una estrella, serás la más grande y brillante que haya existido nunca – inhaló profundo antes de continuar – te quiero, mi querida amiga.

3 años después

En medio de un gran cementerio, un chico caminaba sin prisa y sin cuidado, sus manos se balanceaban hacia arriba y hacia abajo, aunque con falta de sincronía. Su mano derecha sostenía lo que parecía ser una rosa roja, y su otra mano sostenía un pequeño celular que reproducía una melodía abstracta, la cual era contenida por un par de auriculares que sólo permitían que la canción fuera escuchada por los oídos de aquel muchacho.

Después de un rato de estar andando, se detuvo frente a una pequeña y sencilla, pero bien adornada lápida. En una de las orillas, una cruz de estilo barroco sobresalía, y colgada en la cruz había una foto de quien se encontraba sepultada allí. Frente a la cruz, y alrededor de la lápida había macetas, todas con rosas rojas naturales, y en el centro, que era el único lugar descubierto, se podía leer la siguiente inscripción:

“Karla Bosques

28 de octubre de 1999 – 22 de febrero de 2017

Sabemos que sigues brillando, como siempre lo hiciste”

Juan se sentó en cuclillas frente a la tumba en silencio, ese día era el aniversario de la muerte de su amiga, así que no le sorprendió encontrarse con tantas rosas, las flores favoritas de Karla. Después de un rato de permanecer en silencio, se puso de pie y dejó la rosa sobre la inscripción, y decidió por fin hablar – entré a la universidad, tengo más amigos ahora, decidí que estudiaría Letras Españolas, mi madre dice que me voy a terminar muriendo de hambre, y es probable que tenga razón pero... quiero aprovechar mi vida haciendo algo que me gusta, quizás sea pobre, pero feliz – el viento sopló y logró invadirlo por completo, pero no le desagradaba, al contrario, se sentía reconfortado, sentía que su querida amiga realmente lo escuchaba, y estaba tratando de animarlo, a su modo. Miró al cielo siendo ligeramente cegado por los rayos de sol – aún es invierno, pero aun así hoy el sol resplandece en lo alto, cada año, cuando vengo a verte es así, ¿acaso es tu forma de saludarme?

Después de todo, el sol también es una estrella, la más grande y brillante – sus labios se movieron formando una sonrisa, y sus ojos comenzaron a humedecerse – dijiste que renacerías como una estrella, pero nunca me imaginé que el sol estuviera entre tus opciones – soltó una pequeña, pero sonora risilla – ¡oh!, es cierto – dijo de repente interrumpiendo su propia risa – el día que te fuiste, aun lo recuerdo, ese día... ese día también estaba soleado.

FIN

La Montaña

Catalina Ma. Pérez Berumen

A Vera, que se adelantó en este viaje de estudios llamado vida.

Una montaña.

Esa mañana de abril de 1986, apareció una gran montaña en medio del salón de sexto "A": cuarenta y seis mesabancos apilados con gran armonía y en perfecto equilibrio, justo en el centro de salón. Era un monumento hermoso. Del piso al techo, sin soportes: una gran obra de ingeniería. Se podía rodear esa montaña y apreciarla desde cualquier rincón del aula. Esa edificación era comparable a las pirámides de Egipto ¡un verdadero poema tridimensional!

Los niños de otros grupos se agolpaban para ver por las ventanas. Otros entraban al salón, cual espontáneo museo, a contemplar la montaña. Al verla, permanecían boquiabiertos, luego saltaban o aplaudían emocionados por tal proeza y felicitaban a los anfitriones.

Los niños de sexto "A" observaban embelesados y se sentían orgullosos que tal obra estuviese en su salón. Esa montaña era especial: representaba el trabajo y el ocio, la organización y el caos, la obediencia y la rebeldía. Inspiraba amor y temor, así como orgullo y espanto en todos los niños, expectantes del siguiente acto.

Y en efecto: la algarabía reinante en el salón desapareció de forma súbita cuando llegó la maestra.

La profe Julieta no toleraba tonterías. Todos quedaron inmóviles y aguantaron la respiración esperando su reacción. Bastaron un par de palabras para consolidar una amistad para siempre: “¿Quién fue?”.

Los niños-obreros que cargaron los mesabancos, no eran capaces de mover ni un dedo. Los niños-arquitectos, los que decidieron el lugar exacto donde colocar la siguiente silla, pensaban en otra cosa para que la profe Julieta no leyera en su cara los planos creadores.

No parpadeaban los niños-ingenieros, los que colocaron milimétricamente los últimos mesabancos en la cima. Y los niños espectadores querían llorar, pero fueron valientes y no decían nada.

El resto del día, la integridad y nobleza de cada niño fue puesto a prueba. Participante o testigo de la construcción de la magna obra, todos captaron interna y profundamente, la importancia de esa montaña. La amistad y la lealtad infantil fue examinada de muchas maneras por el director de la escuela: uno por uno, en pares, en grupos de niños, en grupos de niñas, de seis en seis por orden alfabético, al derecho y al revés, y en todas las combinaciones posibles, el resultado fue el mismo: nadie dijo nada, nadie vio nada. Fue como si todos se hubieran puesto de acuerdo en guardar para sí, los nombres de los entusiastas constructores que edificaron esa montaña. “La montaña”.

Así, los niños héroes constructores permanecieron anónimos todo el día. Y el resto de la semana. Y todo el mes. Ningún castigo quebrantó ese invisible pacto de silencio. Amenazaron con cancelar el viaje de estudios, en esos tiempos, máxima recompensa al egresar de primaria... pero nadie dijo nada.

Treinta y cinco años después, toda una generación recuerda esa famosa montaña. Si acaso, suspiran por no haber tenido viaje de fin de estudios, pero nadie se queja del castigo, y lo único que lamentan es no tener una foto que atestigüe la majestuosidad de esa construcción. Los otrora niños de sexto “A”, al reencontrarse con sus antiguos compañeros, refuerzan sus lazos de amistad y complicidad infantil, relatando sus remembranzas. Y siempre, no importa donde estén, en medio del lugar, un volcán de emociones hace erupción, y como el Paricutín, resurge rápida y victoriosa esa montaña de cuarenta y seis mesabancos: “la montaña”.

FIN

La niña estrella

Ximena Ibarra

No era una niña cualquiera. Y no era una estrella común. Era Fugaz, la niña estrella. Todos conocían su nombre, espíritu alegre y curiosidad inigualable por explorar lo desconocido. Y su afición por viajar por el universo fue el detonante de su extenso recopilatorio de aventuras divertidas. Sin embargo, hubo una aventura especial que plantó en ella un recuerdo difícil de olvidar. Era ese tipo de recuerdo que le gustaba repetir por capricho; por querer sentir los mismos escalofríos agradables de nuevo y sumergirse en aquel mundo imaginario.

Todas sus aventuras empezaban con su curiosidad por lo desconocido, y así fue cuando visitó el planeta Tierra. La sensación de sus pies sobre el césped, la brisa primaveral acariciando su piel brillante, los animales silvestres corriendo por el campo abierto y el dulce sabor de las manzanas bastó para enamorarse del lugar.

Aunque... había un pequeño detalle que tenía a su curiosidad inquieta.

El cielo.

Era extraño observar cómo no había transiciones coloridas entre día y noche, como en los otros planetas que había visitado. Y era incómodo que, en un abrir y cerrar de ojos, estaba completamente a oscuras. Por suerte, su luz propia era la que iluminaba esas noches frías.

Aun así, la pequeña niña Fugaz no paraba de preguntarse si aquel planeta estaba averiado, o si sólo tenía un sistema de luz diferente. Su imaginación volaba y

navegaba por su océano mental, creando teorías, pero ninguna sin confirmarse.

Un conejo blanco la sacó de su abismo mental al brincar sobre ella y movió su nariz amistosamente. Fugaz trató de imitar su movimiento para devolver el saludo:

— ¿Así saludan en la Tierra? —preguntó, riendo.

Pero el pequeño animal mantuvo la mirada fija, estático, viendo un punto lejano por detrás de ella. No respondió y mucho menos se inmutó. Con tristeza, Fugaz reconoció que su chiste no le hizo ninguna gracia.

El conejo volvió a mover su nariz, parecía desesperado porque la niña mirara a la misma dirección que él, así que lo hizo. Y vio una luz cegadora que provenía de las nubes que cubrían la punta de la montaña más alta. Supo de inmediato quién se encontraba allí: la estrella reina, la única que podría dar respuesta a sus teorías.

Una emoción repentina la hizo levantarse del césped y, decidida a investigar el fenómeno del cielo por su cuenta, salió corriendo hacia la montaña para hablar con la estrella reina. El Conejo Amargado, así lo apodó Fugaz, la siguió. Al parecer, también tenía esa misma curiosidad por saber la verdad.

puesto a prueba. Participante o testigo de la construcción de la magna obra, todos captaron interna y profundamente, la importancia de esa montaña. La amistad y la lealtad infantil fue examinada de muchas maneras por el director de la escuela: uno por uno, en pares, en grupos de niños, en grupos de niñas, de seis en seis por orden alfabético, al derecho y al revés, y en todas las combinaciones posibles, el resultado fue el mismo: nadie dijo nada, nadie vio nada. Fue como si todos se

hubieran puesto de — ¿Por qué no hay amaneceres y atardeceres?

Su compañero movió su nariz con rapidez, molesto por su mala elección de palabras. Desde luego, esa no era manera de saludar al Sol. Y Fugaz se avergonzó de su propia impulsividad. No obstante, a la mujer estrella no parecía importarle, pues soltó un suspiro y sus ojos dorados se oscurecieron. Aquella pregunta había despertado un recuerdo doloroso en su ser.

—Estás haciendo la pregunta incorrecta, niña —susurró.

Fugaz no entendió a qué se refería, pero ya era muy tarde para preguntarlo, ya que había desaparecido. El día había terminado.

Fue entonces cuando la espesa oscuridad recibió a Fugaz y al pequeño animal, y frente a ambos apareció otra silueta femenina. Tenía una apariencia descuidada: su rostro delicado estaba cubierto de tierra, aparentaba no haber dormido por siglos y vestía harapos viejos. Y extrañamente, parecía ser una viva imagen de la estrella reina. Eran iguales.

—Tú también brillas —observó la mujer, con una sonrisa tímida—. Como verás, mi oscuridad es inútil.

Fugaz miró al Conejo Amargado, él movió su nariz afirmando su silenciosa suposición: aquella mujer era la Luna.

—Es útil si jugamos a las escondidas —animó la niña.

La Luna sonrió.

— ¿Tú sabes por qué no hay amaneceres o atardeceres?
—preguntó de nuevo.

La sonrisa de la mujer se desvaneció.

Esa larga noche, descubrió varios datos interesantes en una emocional charla con ella. Fugaz aprendió que Sol y Luna eran hermanas. Que tiempo atrás, antes de haber llegado al planeta Tierra, habían tenido una disputa por quién sería la estrella y quién sería el cuerpo celeste merodeado alrededor de dicho planeta. Y cuando Sol obtuvo la noticia de que ella sería la estrella, Luna se molestó al punto de ofender a su hermana.

—Tal vez, todo este tiempo he estado jugando a las escondidas con ella. Me avergüenza volver a verla —dijo la mujer después de haber contado su historia.

—Aún puedes disculparte con ella —comentó Fugaz—. Estoy segura de que te extraña.

Luna alzó la mirada, observando el cielo. Sus ojos brillaban, esperanzados.

— ¿Ella te lo dijo?

La niña estrella sonrió:

— No, pero lo sé.

Al día siguiente, Sol volvió aparecer en la montaña. Su sorpresa fue enorme al ver a su querida hermana frente a ella, con ojos arrepentidos y su cuerpo temblando. Y antes de que siquiera pudiera decir algo, Sol la abrazó. Un gesto que ambas extrañaban y ayudó a superar el mal recuerdo.

Fugaz se encontraba un poco apartada, pero al ver que se abrazaron se acercó a las dos y, sin pensarlo, les preguntó de nuevo:

— ¿Ahora sí me podrán responder por qué no hay amanecer y atardecer?

Ambas hermanas rieron, desde luego que aquella niña no sabía ser oportuna, pero reconocieron que ella no se rendía hasta obtener una respuesta. Sol se acercó a ella, se agachó a su altura y puso una mano sobre su pequeño hombro.

—Sigues formulando mal la pregunta —le dijo.

— ¿Entonces cómo debe ser mi pregunta? —Fugaz seguía sin entender.

—No se trata del *porqué*, se trata del *cuándo* —explicó Luna.

La niña estrella quedó más confundida, pero sólo bastó con esperar a que anocheciera para entender lo que trataban de decir.

Luna empezaba a brillar por cuenta propia, o más bien, reflejaba la luz de su hermana a medida que finalizaba el día. Esa era la respuesta. El amanecer y atardecer sólo podría ocurrir *cuando* ambas hermanas se reconectarán.

Fugaz no podía creer la magnífica vista del cielo. Aquel inmenso mar azul estaba inundando por otros colores nuevos. Amarillos, rosas, azules...

— ¡Se fusionan! —le gritaba a su compañero, emocionada.

El Conejo Amargado sólo movía la nariz en respuesta, tal vez emocionado, tal vez enojado, era difícil saberlo.

Cuando la niña estrella tuvo que marcharse de aquel planeta, Sol y Luna se reunieron para prometerse a sí mismas que mantendrían los amaneceres y atardeceres por el resto de la eternidad, sólo para que los niños pudieran maravillarse al igual que Fugaz.

FIN

La polilla esfinge

Sofía de la Peña Ortiz

No. No ocurrió una vez dentro de un tiempo indefinido y tampoco fue en un lugar lejano. Sucedió en un momento común. Fuera de escenarios ostentosos donde emergen criaturas de ensueño. Donde son los arquetipos consolidados quienes salvan el día, pues fue un hecho que *el día* tardó diez meses en ser socorrido.

Cuatro paredes bastaron para privar al mundo de su rotación, ya que el tiempo se detuvo, formando un bucle. En lo particular no me desagrada. Allá el exterior se tornó *tierra de nadie* y con ello vinieron sus caídos.

Quiero agregar que nadie busca caer de esa forma. Sentir ahogamiento sin estar bajo el agua, tener pesadillas con los ojos abiertos o estremecerse con brusquedad pese a los 38 grados que abarrotan al termómetro.

No. Es mejor aguardar dentro de esas cuatro paredes, aunque... a veces lo *impensable* cruza las fronteras que trazamos. Concretas e imaginarias.

Es así como la pluma con que esbozo cada frase me pesa 100 maratones, haciéndome perder a lapsos la conciencia. Por ahora, debo descansar por más que la noche no se anuncie; pero no sin antes preguntarme nuevamente: ¿Qué tormenta llegó al otro lado por el aleteo de la mariposa?

FIN

Una última luz

Frida Alejandra Pérez Cabello

El reloj marcaba las 2:00 pm, en algún pueblo de México; era un día helado se sentía una brisa siniestra, pesada, densa. Era sin duda, el Día de muertos más siniestro y oscuro que había visto, la gente aún no decoraba lo cual se me hacía extraño.

Mis padres habían muerto hace dos años, en un accidente de automóvil; después de lo ocurrido, la gente del pueblo por alguna extraña razón comenzó a alejarse de mí; así que prácticamente vivía sola, ignorada y olvidada entre las sombras. Algunas veces hasta invisible me sentía. Podía estar escuchando una conversación de adultos sin que ellos se dieran cuenta; así es como me enteré de que la viejita de la tienda se había mudado a la ciudad para que su negocio mejorara.

Cuando empezó a caer la tarde me dio mucha hambre, así que fui al manzano que estaba junto al río, cuando llegué lo vi resplandeciente, hermoso, era del verde más hermoso que te puedas imaginar; sus ramas color café eran acariciadas por los últimos rayos del sol que se asomaban, luchando contra las enormes nubes negras. Cuando me acerqué descubrí sus deslumbrantes frutos enrojecidos que me hicieron agua la boca, terminé comiéndome dos manzanas que sabían deliciosas y jugosas.

Como ya amenazaba con salir la noche y lucir sus resplandecientes guirnaldas en el cielo, decidí regresar al pueblo para ver cómo iba la lúgubre celebración de Día de muertos.

Mientras caminaba por el terroso sendero lleno de hierba, escuchaba los grillos cantar y contaba cada una de las estrellas que veía. Pero para mí desdicha, entre más avanzaba se me movían y perdía toda la cuenta y comenzaba una y otra y otra vez.

Pero a la mitad del camino un destello anaranjado del color del Sol me llamó, a poco más de cuatro metros, el primer destello que vi pensé que lo había imaginado, pero al segundo supe que me llamaba y que tenía que ir corriendo hacia él; y así fue como mis piernas se empezaron a mover a la velocidad del rayo y cuando acordé ya estaba en la entrada del cementerio.

Mis ojos no podían creer lo que veía, era hermoso, colorido, festivo, era la fiesta del Día de muertos más fastuosa que hayan visto mis ojos. La gente había decorado el cementerio con velas, luces, flores de cempasúchil y el columpiarse de las banderitas hechas con papel china. Lo más lindo era que todo lo habían elaborado a mano; las velas, las flores (las habían cultivado todo el año), y la gente del pueblo se turnaba para cuidarlas y regarlas; las banderas las habían picado a mano las mujeres del pueblo, la comida acababa de salir del horno y la estaban colocando en el pequeño altar de muertos que el pueblo hacía cada año con las fotos de sus familiares.

Los pueblerinos se veían muy felices, ya que en esta época el recuerdo de las personas que ya habían dejado esta enorme bola color azul y verde, con individuos buenos y malos, no era un tiempo de llantos y lamentos sino una hermosa época. Época en la que las personas festejaban y añoraban a sus familiares ofreciendo sus comidas favoritas y decorando sus tumbas, para que cuando llegaran a visitarlos, como toda la gente creía que era lo que pasaba; ellos

regresaran a su hogar, su lugar especial en la tierra junto con sus seres amados.

Justo cuando estaba a punto de macharme, una pequeña llama al final de la fila de lápidas me llamó la atención, esa pequeña era una velita que se agotaba lentamente. Descansaba encima de una tumba, en ella había unas cuantas flores como si algún niño del pueblo las hubiera arrancado del pasto para aquella tumba tan oscura y solitaria. Daba una enorme sensación extraña de tristeza, nadie se percataba de esta tumba ya casi enterrada en hojas que caían de los árboles, llena de lodo de esos días de lluvia que la hacían una pequeña tumba solitaria y olvidada.

No se distinguía el nombre de la persona que yace bajo mis pies, fui corriendo por un quinqué que estaba cerca del altar, cuando regresé a la tumba, la pequeña velita indefensa, ante la noche fría, se había extinguido por completo dejando una enorme mancha de cera. Tenía forma de una mariposa, como las monarcas que cada año nos visitan en estas épocas. Yo tenía la feroz llama del quinqué entre mis manos, la acerqué para observar el nombre de aquella persona, quitaba el lodo y hojas que estaban pegadas.

Cuando por fin retiré todo y alumbre bien, mis ojos no podían entender lo que veían, -- eso no -, no podía ser cierto me dije negando con la cabeza. Era imposible lo que veía, pasó mi corta vida ante mis ojos y mi cabeza hacía tantas preguntas y otras tantas se resolvían. No podía creer lo que yo estaba apreciando, me mareé, traté de sostenerme, pero no pude, así que me caí y me golpeé la rodilla con algo duro. Escarbé entre la tierra, hojas y cochinillas que vivían dentro de esa mezcla dura para ver que era y lo que vi fue aún peor, esto no podía estar pasado.

Lo que tenía ante mis ojos eran las tumbas de mis padres y la que pertenecía a mí.

FIN

La visitante

Alma Beatriz Valdés Jaramillo

Catorce mil trescientos son los huesos que he ido contando desde que inició septiembre. Se tomaron ciento diez huellas para quedarse en los documentos. Gabriela ha realizado 55 dibujos de rostros desde el mismo mes. Veintisiete cuerpos se han incinerado y veintiocho han sido llevados al panteón municipal. Cuando me gradué de la universidad, no pensé pasar la mayor parte de mi tiempo en el servicio médico forense de la ciudad, pero alguien tiene que llevar el conteo de los cadáveres aquí.

Esta tarea no es fácil, soy sensible hasta el punto de llevarme las historias que cuentan las forenses a mi casa y temblar de dolor desde los pies hasta el cuello, donde éste se tensa y aloja un grito que se paraliza en la garganta.

Antes, el lugar era más frío de lo que ahora se percibe. Las placas con letras mayúsculas “PERSONA NO IDENTIFICADA” se apilaban en enormes filas para ser colocadas junto a los cadáveres.

Rompimos con estas prácticas indiferentes. Si bien, no podíamos identificar a las personas, por supuesto que sí podíamos darles una despedida digna y en eso todas estábamos de acuerdo. Cómo no estarlo, si la muerte ha sido en nuestras vidas una mariposa oscura que aletea a nuestra espalda.

Gabriela reconstruye a carbón los rostros de las personas, y entonces, podemos ver sobre el papel un rostro vívido con un alma que se mueve mostrando ternura por las pupilas. Las forenses expresan a cada

uno de los cuerpos su respeto y les desean que tengan un descanso en total paz. Otras, recopilan todos los datos necesarios y el ADN para que puedan ser identificadas por familiares. Yo me encargo de ser su visitante, llevo flores y enciendo velas para que su camino esté iluminado, les dedico unas palabras y me marcho, pero siempre vuelvo.

Nitzi me anuncia que le daremos sepultura a la mujer de aproximadamente 23 años, que lleva con nosotras casi el mes. Para mí aún no es tiempo de despedirla, nunca es tiempo.

En las calles, mi mirada se detiene para registrar los rasgos de las personas que transitan. Busco similitudes entre las caras que aparecen en los carteles de “Se busca” y las personas que veo a través del cristal del autobús. Son iguales a nosotras y siento que ésta es una pesadilla retenida por un reloj de espesa arena. Siento que pronto será alguna amiga cercana o seré yo, que quizás cada una se salva por el azar, o no.

Reviso con cuidado cada publicación en Facebook y Twitter que contengan las dos palabras más hirientes: persona desaparecida. Veo en los registros que tenemos, si esa persona llegó hasta aquí. La ficha de descripción de la mujer de 23 años coincide con Estela, quién es buscada por sus familiares en Tamaulipas. Le escribo a la familia y las compañeras del trabajo son las que me dicen que vendrán para identificar si la chica es Estela o no.

En la sala de espera veo a una mujer con las manos entrelazadas; sus pupilas no muestran ese movimiento de ternura. Para asegurarme de que no se trata de ninguna muerta, la saludo y me devuelve las buenas

tardes con una voz cansada que arrastra por el suelo cada vocal.

Nitzi me confirma que la chica es Estela, siento un tornado desbocado en mí, pensé que este hallazgo traería tranquilidad, pero no.

Pasan varios días y el tornado ha arrancado desde la raíz mi paz. Me preparo con flores y velas para despedir a Estela. En el panteón hay un pequeño grupo de mujeres que rodean el ataúd y comienzan a rezarle. Pasa la hora y las mujeres se retiran. Nos quedamos la mujer que parece ser la madre Estela y yo. Me detengo pasmada, incapaz de soltar el ramo de nardos de mis manos.

— Yo te vi en la sala de espera

— Si, yo fui quién se comunicó con ustedes

— Soy Nao, la mamá de Estela

El silencio se funde con la cera blanca y tersa de las velas que se deshacen por el calor. Nao pasea su vista por cada una de las lápidas.

— Cuántas tumbas... las flores son hermosas ¿Tú se las pones a todos?

—Sí, soy la que visita estas tumbas.

La mamá de Estela se acerca a mí. Le doy el ramo de nardos y ella me toca el hombro, puedo ver la luz del atardecer en sus pupilas.

— La muerte de mi hija no se queda aquí, aún hay mucho por hacer. Agradezco que no las olviden, y ellas también lo agradecen. Tú tienes una visitante que te cuida de la desdicha.

El sitio comienza a oler a jacaranda. En el color ámbar que brilla magníficamente en sus ojos veo la sombra de una mujer que se coloca a mi derecha.

FIN

Lobo Feroz.

Karen Berenice Flores Domínguez

Roseanne había dejado la puerta de entrada cerrada.

Estaba segura de ello; siempre que salía a sacar la basura por las mañanas se fijaba en hacerlo. Pero esta vez, la puerta de madera oscura no cubría la vista hacia el interior de su hogar. Sabía que su gato aprovechó para salir al jardín y quizás irse a meter con la basura de los vecinos, pero lo que más le preocupaba, era esa extraña sensación de peligro que encendía montones de alarmas rojas en su cerebro y le hacía agudizar la vista y el oído más que en otras ocasiones.

Caminó cautelosa hasta el umbral, asegurándose de no ver movimiento fuera de lo común en el interior, antes de adentrarse al lugar por completo. Se quedó quieta ahí, callada como sólo ella podía hacerlo, sus ojos corriendo de esquina en esquina con la rapidez típica del nerviosismo. Cerró la puerta a su espalda cuidando no causar ningún chirrido, y se encaminó con pasos suaves hasta la cocina. Podía escuchar los pájaros chillar fuera, así como el aspersor de su vecino echando agua continuamente. Sentía los latidos frenéticos de su corazón tamborilear en sus oídos, las manos sudarle y las piernas hormigueando; no supo cómo, pero logró llegar hasta la encimera donde su set de cuchillos para cocina se encontraba. Tomó uno y lo empuñó de forma que pudiese atacar en caso de haber alguien ahí, y tomando un respiro, caminó hacia las escaleras con seguridad. El paso se le hizo lento y tortuoso; giraba continuamente su cabeza cuando sentía algo o alguien seguirle a sus espaldas y levantaba el cuchillo casi en automático. Llegó al segundo piso y, después de inspeccionar las

habitaciones, notó que no había nada en su casa y su paranoia la había hecho inquietarse sin sentido alguno. Soltó una risilla volviendo a abrir las ventanas que había cerrado en el primer piso antes de volver a caminar hacia las escaleras, pensando en buscar a su gato cuando el chirrido de una silla correrse la detuvo. No había escuchado mal, y sabía que su mente no le estaba jugando una mala broma. Había sido en su cocina.

Frunció el ceño, esta vez el enojo ganándole al miedo mientras bajaba a paso seguro a la planta baja, procurando hacer el menor ruido posible a pesar de lo mucho que deseaba terminar con lo que fuese que estuviera pasando en ese mismo instante. De nuevo, no había intruso alguno buscando hacerle daño ahí. Sólo estaban ella y el silencio sofocante que deseaba poder romper con su voz.

Devolvió el cuchillo a su lugar antes de dejarse caer en una de las sillas que, curiosamente, estaban todas donde ella las había dejado. Ninguna parecía fuera de lugar como imaginó al escuchar el chirrido de la madera. Bufó internamente, dejando la tensión de su cuerpo salir mientras cerraba sus ojos y pensaba en las cosas que debía hacer ese mismo día. La preocupación que había sentido anteriormente aún no se iba del todo; una pequeña voz en su mente le decía que siguiera alerta a cualquier ruido o movimiento sospechoso en su hogar. Observó la hora en su celular. Debía hacer las compras semanales y buscar a su gato si no quería recibir más quejas de sus vecinos por él.

Decidida, se levantó de la silla con pesar intentando hacer memoria de varias cosas que le faltaban en el refrigerador. Antes de que pudiese salir de la cocina, el sonido de algo golpeando los platos en el fregadero le

hizo dar un salto del susto mientras giraba la vista al lugar.

Era su gato, que se había quedado estático de igual forma con medio cuerpo cruzando la ventana y el otro aún sin pasar del todo al interior de la casa. Roseanne maldecía no poder gritarle que era un estúpido por haberla asustado así; lo único que hizo fue acercarse a acariciarlo y cerrar la ventana para que no volviese a salir. Se aseguró de dejarle el plato de comida lleno y, cuando volvió su vista al felino pudo ver un pedazo de papel pegado a su lomo. Rodó los ojos creyendo que — de nuevo— los niños del vecindario habían tomado a su pobre mascota para jugar con él. Despegó la hoja con cuidado, alisándola un poco para poder leer su contenido.

“Te cortaré en trocitos y te cenaré”

Esas siete palabras escritas con lápiz se abrieron paso a su mente, haciendo un eco interminable y calando en lo más profundo de sí misma. ¿Había alguien queriendo dañar a su gato? ¿O a ella? Recordaba al *lobo feroz* que conoció en su infancia diciendo eso mismo cuando lo conoció. ¿Y si era una broma? ¿Y si los niños, de nuevo, trataban de asustarla con amenazas al gato?

Arrugó el papel y lo lanzó al bote de basura. Observó al felino comer con total calma, y se repitió que no pasaba nada. Estaba sana y salvo lejos de su antiguo hogar.

El supermercado estaba tan vacío como siempre a esa hora en un lunes. Había una que otra madre escogiendo vegetales, parejas de ancianos tomando su tiempo para caminar por los pasillos y personas comprando víveres que faltaban, como ella. La música pop en inglés sonaba por todo el establecimiento; podía escuchar los refrigeradores funcionando y las

ruedas de algunos carritos rechinando de vez en cuando. Roseanne adoraba hacer las compras de esa forma: en total calma y con el silencio suficiente para enredarse en sus pensamientos.

Caminó alrededor de quince minutos por los pasillos de higiene buscando nada en realidad. Había personal acomodando productos o charlando por la zona, y podía sentir sus miradas sobre ella de vez en cuando, por lo que decidió sólo ir a buscar lo que compraría de una vez para regresar a casa.

Llegó a la zona de frutas y verduras, y de inmediato se dirigió a tomar los duraznos que parecían más frescos. Siguió así, viendo varias frutas que le gustaban y metiéndolas en bolsas de plástico para depositarlas en su canasta de compras por al menos cinco minutos más.

Paró cuando sintió una mirada fuerte sobre ella.

Creyó que era alguno de los empleados nuevamente sólo observándola, por lo que no le tomó importancia y se dirigió a buscar sus galletas preferidas en otro pasillo.

La sensación abrumadora de ser observada no se fue.

Paró frente a los cereales, y fingiendo estar escogiendo alguno, observó por el rabillo del ojo la otra parte del pasillo con rapidez. No había nadie. Volvió su vista al frente y tomó una caja, dejándola en su canasta antes de girarse y parar abruptamente.

Una cabeza había asomado por el pasillo, desapareciendo segundos después, y Roseanne frunció el ceño.

Podía ser un colegial jugándole alguna broma. Y, considerando los eventos sucedidos más temprano,

estaba hasta la coronilla de espantarse por cualquier cosa. Siguió su camino, olvidando algunas de las cosas que debía comprar cuando salió de la tienda. Lo único que deseaba era poder llegar a casa y tomar un baño de burbujas lo más pronto posible.

Caminó por el estacionamiento con paso rápido, maldiciendo haberse aparcado un poco más lejos de lo habitual cuando sus pies comenzaron a arder por las sandalias que calzaba. Había varios autos que pasaban a su lado, pero uno en específico la hizo apresurar el paso.

El auto parecía estar siguiéndole el camino. Iba tras ella despacio, a veces avanzando un poco más para hacerla caminar aún más rápido antes de volver a estar a sus espaldas. Giró su vista al automóvil y alzó una ceja en confusión cuando vio al conductor.

Traía una máscara con el rostro de un lobo.

El sujeto tras el volante alzó una mano, y la saludó. Ella no hizo más que darse la vuelta y seguir caminando hasta su auto, que le quedaba a sólo unos pasos de distancia. El tipo seguía conduciendo en su dirección, y tan pronto como llegó a su auto, arrojó las bolsas en el asiento del copiloto y se aseguró al menos unas seis veces de haberle puesto seguro a las puertas. El tipo se había quedado aparcado frente a su auto, y había otro tras ella por lo que era imposible salir del lugar.

Tomó su celular y texteo rápido a Irene, pidiéndole ayuda antes de mandarle su ubicación. No notó cuando el hombre bajó del auto y llegó junto a la ventana de su auto. Tocó suavemente el vidrio dos veces, y cuando Roseanne giró mostrándole la pantalla grabando lo sucedido, el *lobo* retrocedió un paso. Para mala suerte de la chica, no hizo nada más que eso.

Sólo río de manera frívola, acercándose de nuevo lo suficiente para alarmar a Roseanne.

—¿Te comió la lengua el *gato*, Rosie? —no respondió—. Tranquila, nunca más le comerá la lengua a alguien.

Roseanne se quedó estática del terror cuando vio al hombre alzar a su pequeño gato por el collar que poseía. El minino negro maullaba desesperado mientras intentaba librarse del agarre que seguramente le estaba haciendo daño. El sujeto volvió a reír, esta vez con más ánimo, y se dirigió a su propio auto. Abrió el capó y metió de manera rápida al gato ahí dentro, encerrándolo para después dirigirse al interior del auto y arrancar. Roseanne quiso gritar, pero de nuevo, *no podía*.

Tocó el claxon repetidas veces con furia, importándole poco el ardor que sentía en la palma de su mano por los golpes impetuosos que daba al volante. Vio al hombre saludar con la mano nuevamente, y en seguida lo vio salir del estacionamiento con rapidez.

Dejó las lágrimas caer, sintiendo su pecho pesado y el rostro rojo de la rabia. Las lágrimas le quemaban la piel, y por cada segundo que pasaba más se preguntaba cómo el sujeto había conseguido tener a su gato y más importante aún, saber de su propio paradero. No quería intentar seguirlo porque Irene estaba en camino con ella, además de que estaba preocupada por lo que el hombre fuese capaz de hacer. ¿Realmente habría matado a su gatito? No entendía la razón.

—¿Y se fue sólo así?

Irene preguntó. La chica estaba sentada en el sofá frente a ella, intentando entender lo que su amiga había explicado con rapidez.

Roseanne asintió, sus ojos aguándose nuevamente al recordar la vista de su gatito tirado en medio de la calle cuando volvía a casa. Estaba muerto.

—No creo que debas quedarte aquí, Rosie. Dejaste a Mittens encerrado y ese tipo de alguna forma logró sacarlo.

Estaba de acuerdo en eso, así como estaba casi segura de que el tipo que había visto fue quien dejó la nota en su minino y probablemente, quien creyó haber escuchado en su casa más temprano.

Con señas, preguntó a la castaña si podía quedarse en su casa.

—¡Claro que puedes! Sabes que no es molestia para mí.

Sonrió en su dirección levemente, recogiendo algunas de sus pertenencias para llevar a casa de Irene en lo que decidía qué era mejor hacer.

Ambas llegaron a salvo a casa de la mayor, y después de que Roseanne se acomodara en la habitación de invitados, ambas se sentaron a comer. A pesar de que su apetito era casi nulo, se forzó a al menos probar bocado de lo que su amiga había preparado.

Las seis de la tarde llegaron pronto. Irene y ella no hicieron mucho; la mayor sabía que Rosie no deseaba “hablar” sobre lo sucedido, y eso ella lo respetaba. Vieron televisión en silencio y compartieron un snack salado antes de que la mayor fuese a tomar una ducha.

Roseanne estaba más tranquila. Aún sentía su pecho doler cuando su mente proyectaba las imágenes de su

gatito arrollado en la calle, y algunas lágrimas se le escapaban de a ratos. Pensaba en qué haría después; estar más de dos días con su amiga no era una opción, y sus padres vivían demasiado lejos. No podía sólo rentar una habitación de hotel porque tampoco se sentiría segura. Quizás debía informar de lo ocurrido a la policía, porque un sujeto con máscara de lobo matando a un gatito que fue raptado no era normal. Mucho menos con la amenaza que había recibido esa mañana.

Se lanzó a la suave cama, y suspirando, cerró sus ojos momentáneamente. A pesar de los sucesos, su cuerpo finalmente se sentía relajado y parte de la tensión que tenía se esfumó entre las sábanas sedosas. El pensamiento de querer dormir en ese instante vino a ella, y consideró hacerlo hasta que escuchó el timbre de la casa resonar.

—¡Yo abro, Rosie! —Irene avisó desde la planta baja, dejándola tranquila para cerrar sus ojos un poco más.

Quedó en esa posición por al menos veinte minutos, y cuando logró despabilarse y abrir los ojos, fue en busca de su amiga para informarle que dormiría un rato. Buscó en la habitación de la castaña, en el baño e incluso se atrevió a bajar al sótano. Pero ella no estaba a la vista. Extrañada, tocó la superficie de la mesa varias veces, esperando que Irene contestara a su llamado y fuera con ella. Pero de nuevo, nada pasó.

Un golpe en la puerta del patio sonó, seguido de gritos por auxilio.

Roseanne reconoció la voz de Irene y de inmediato corrió a la cocina, observando por el vidrio de la puerta a su mayor cubierta en sangre, con una de sus piernas mostrando carne viva y el pelo revuelto, así como un

moretón en su ojo que muy probablemente estaba hinchado. Quedó helada ante la vista, y tardó varios segundos en procesar la situación antes de acercarse a abrir la puerta para su amiga.

—¡No, Rosie! ¡Ve a buscar ayuda! —Roseanne negó frenéticamente mientras buscaba la llave que abría la puerta—¡Los vecinos pueden ayudarme, pero busca ayuda!

Observó con desespero a la mayor, aun intentando encontrar la llave.

Tras Irene, una figura poco a poco se hacía visible, haciéndole abrir los ojos como platos al reconocer la horrenda máscara de lobo que había visto más temprano. Apuntó con el índice varias veces a la mayor, rogándole con señas que observara tras ella o que corriera lejos, pero la mayor tenía enfocada su atención en la llamada que mantenía con la policía.

Harta, Roseanne fue hacia la puerta y golpeó el vidrio con la palma de sus manos repetidamente, llamando así la atención de su amiga. Irene observó al hombre acercarse a ella con pánico en sus ojos, y avanzó varios pasos lejos antes de girarse y echar a correr lejos.

Para mala suerte de Irene, el *lobo* sacó un arma de fuego y disparó en su dirección, acertando con un solo tiro a la mayor.

Roseanne no pensó ni un segundo antes de correr hacia la puerta de entrada, la cual se hacía más y más lejana a ella. ¿Por qué no podía llegar ya ahí? Siguió corriendo, el sudor frío calando en su cuello y un nudo apretado creciendo en su estómago.

Llegó finalmente a la puerta, abriendo la misma tan rápido como sus manos temblorosas se lo permitían, y

al salir, topó con una pared negra. No podía ver nada más que el color, y aunque tratara de salir de ahí, no podía.

—No puedes salir, Roseanne. Estás atrapada.

Se quedó estática en su lugar. No quería voltear a ver al dueño de aquella voz porque ya sabía de quién se trataba.

—Me gusta saber que sigues temiéndome después de tantos años.

Había un silencio profundo sobre ellos. Roseanne podía escuchar los latidos de su propio corazón al igual que su respiración entrecortada, y sabía que el contrario también lo hacía.

—Adoraría que dijeras algo, una sola palabra. ¿Sabes qué más adoro? —Roseanne cerró los ojos con fuerza—. Haber sido quien te quitó el poder del habla.

Sintió su pantorrilla ser tomada con fuerza, antes de caer estrepitosamente al frío suelo y ser arrastrada por el mismo. Las lágrimas comenzaron a caer por sus mejillas nuevamente, y un grito desgarrante se quedó a medio camino en su garganta. Su torso quemaba, y sus uñas se doblaban dolorosamente mientras intentaba agarrarse de lo que fuera. Forcejeó con el hombre en vano, pero no quería rendirse.

No de nuevo.

Escuchaba las risas tenebrosas del *lobo* ir al compás de su agitada respiración. Y como si la vida se le fuese en ello, intentó con todas sus fuerzas gritar. Imaginó el sonido de su voz pidiendo por ayuda, e hizo todo lo que pudo para que al menos un pequeño ruido saliera de sus cuerdas vocales. No pasó nada, y eso divertía aún

más al hombre que no dejaba de arrastrarla escaleras arriba.

¿Por qué nadie me escucha? ¿No saben que algo va mal?” Roseanne no dejaba de llorar y suplicar a todo ser existente que la salvaran.

El *lobo* la cargó con facilidad y la arrojó a la cama con fuerza, dejándola pegada ahí cuando puso su peso sobre ella.

—Nunca dejes de pensar en mí—dejó un beso superficial en la frente de la chica, volviendo a soltar sus risas maniacas— ¡Despierta!

Cuando el cuchillo estuvo por estrellarse contra su pecho, la oscuridad se la tragó y la envolvió unos minutos que le parecieron eternos.

Después, sintió el frío golpear sus mejillas humedecidas.

Abrió los ojos, temblando de miedo cuando notó que aún era de noche. A su lado, estaba el pequeño gato negro completamente dormido. Su pecho se inflaba mientras intentaba jalar todo el aire posible a sus pulmones, y los rasguños que se había hecho en las manos sin notarlo le ardían. La casa estaba en silencio, y pronto se sintió abrumada de nuevo.

Una cosa era clara: jamás se olvidaría de lo que marcó su infancia y le arrancó la voz.

FIN

Magia

Diana Carolina Jaramillo Salazar

Era 22 de noviembre, y ya no sabía, cómo recordar aquella fecha. Todo había cambiado tanto, me pregunto como siempre, si alguien más, es decir, si esto le sucediera a alguien más, pensaría igual de aquellas palabras, “tu futuro...”, luego, me digo a mí misma, que es una tontería, y, me doy cuenta, de que a veces, me encuentro tan inmersa en ello. No recuerdo, que cada persona, tiene una manera de ver, de sentir, y de vivir las cosas. De pronto, el viento sopla tan fría y delicadamente que siento escalofríos, es tan suave y helado que me recuerda a sus manos, a las manos de mi madre. De nuevo recuerdo tales palabras, aún pienso que significarían, y me encuentro otra vez ensimismada...

Llego a casa y me encuentro a Papillón, un extraño y bonito nombre, para la hermosa gatita que me recibe, es tan linda, su pelaje se acomoda de tal manera que se mueve como alas cada que salta, con la gracia que lo hace. Papillón siempre sabe lo pensativa que estoy, acostumbra a hacer un pequeño ruidito, como aquél que hacen los gatos cuando algo les confunde, al entrar, inmediatamente me quito las botas que llevaba, totalmente cubiertas de lodo, hacen que suelte una pequeña risita, ya que puedo escuchar a mi madre dándome un regaño por haberlas ensuciado, aun así estuviera lloviendo, y fuera inevitable no tocar el lodo con ellas., a unos metros veo mi ventana, que queda directo a una gran vista nublada, ésta hace ver a la ciudad igual que en el cine, sus mismas tonalidades grises, amo vivir en este pequeño apartamento, y amo esta ventana y amo esta vista.

Desde aquí, escucho una canción que, por alguna razón, me hace entrar en nostalgia, levanto la vista, y veo un cielo gris lleno de nubes, casi como si fueran una sola, pues están tan juntas que es como si una gran manta de algodón cubriera el corazón de París, mi amada París. Por debajo no hay manera en que no vea esta enorme construcción, que no sé por qué le dio gana a la ciudad tener., ésta es grande, metálica y... honestamente supongo que queda bien con el resto de la ciudad.

De pronto, se ha hecho la noche, así que me he preparado para dormir, después de largos días de ensayo, siento que al fin puedo descansar. Suelto un ligero, casi imperceptible buenas noches, y me dispongo a dormir.

Al día siguiente, me despierto por el suave y cálido atisbo de la luz que proviene de la ventana, ésta se encuentra abierta de puerta a puerta, mientras que las cortinas, sólo permiten dejar pasar, el pequeño rayo de luz, que me ha despertado. Algo que encuentro extraño, puesto que, no hay viento alguno, por el frío que siento, he de suponer que anoche hubo una helada ventisca, una muy propia de estas fechas.

Me levanto muy apenas, y deseosa de continuar mi día descansando, pero sé, es imposible, hoy debo levantarme, alistarme, e ir a la Ópera, si es que quiero que aún siga en pie.

Cuando salgo, y comienzo a caminar en las calles, me encuentro rodeada de jóvenes patinadores ávidos, haciendo trucos por doquier, saltando, y haciendo estrepitosos ruidos, al aterrizar sin cuidado.

Llego al recibidor de la ópera, y me he encontrado gente corriendo, gritando, dando órdenes por

doquier., he recordado que debe de ser uno más de los intentos del director para salvar el lugar. De repente, al caminar, siento que el tiempo se ralentiza, y veo a alguien cargando el cuadro “Ballet de la Ópera de París” de Degas, aquél que vi al tener unos 14 años, en un 1877, y que me ha hecho entrar a tal mundo, regresando a ese momento, me impacta la idea, de que me dejo un sentimiento que, ya he conocido, uno que se, será sempiterno.

Al entrar a este mundo también comparto que quisiera intentar todavía el canto, la ópera... sin embargo no creo tener una gran voz para intentarlo.

El ensayo ha sido largo, aunque una de las cosas que alivia, o más bien me distrae, es el salón de ensayo, adorable, con grandes ventanas, que hacen que la habitación sea tan cálida o fresca como se presente el día, cuando el sol se presume enfrente de nosotras, es que el cuarto parece que es tocado para convertirse en oro, pues el pálido color natural, sólo parece reflejar la luz, o la ausencia de ésta., mientras me pierdo en mis pensamientos, escucho que, justo como en los últimos días, las bailarinas siguen hablando del famoso espejo de la Ópera, el espejo que dicta tu futuro.

El oír tanto sobre ese dichoso espejo, me provoca una gran curiosidad, a decir verdad, por lo que me escapo un pequeño momento del ensayo, para recorrer lo que para mí es uno de los edificios más bonitos que he visto en la vida. Antes de que nuevamente me sumerja en mis pensamientos, veo un destello a unos metros de distancia, es un salón que no se ha usado desde, las remodelaciones llamadas “eléctricas”, cada vez que crecían mis ansias de acercarme a ver que brillaba tanto, en aquel cuarto, oía pisadas, cada vez más cerca, me volteo sin alcanzar a ver nada y aunque recuerdo,

que pronto debo regresar al ensayo, pienso que me queda tiempo para ir a investigar, sólo para distraer un poco mi mente, del estrés de la presentación.

A decir verdad, me siento confiada al caminar hacia aquel centelleo, es algo atrayente para ser un simple brillo a la distancia., entro a la habitación, y como esperaba, es realmente pequeña. No sé si sea mi imaginación, pero suena música suave de flauta, y tambores, algunos violines, que suenan como si las olas del mar fueran melodías., estoy comenzando a asustarme, y al oír el estruendoso sonido de una puerta cerrándose me he asustado tanto que salté, he caído encima de algo, que parecía cubierto por tela, podría bien haber pensado que era algo como una pintura, pero parece más una puerta.

—¿Habré entrado a un pasadizo?

Pronto suena, lo que diría son pequeñas campanas, su sonido es tan delicado, hasta casi indiscernible, suenan como si los copos de nieve sonarán al caer, y aquello me trae recuerdos de la obra que siempre solíamos presentar para navidad.

Escucho que me llaman, ¡el ensayo!, lo había olvidado por completo, y ¡me están llamado!

—Tengo que correr. ¡Ah! Sólo está a unos pasos...unos más... unos ¿más?

Y ¿el salón?, no, esto no puede ser, no puede ser, ¿dónde está?, me siguen llamando.

¡Ahora puedo escuchar! ¡Es en el escenario!, corro de nuevo lo más rápido que puedo, un pasillo y luego otro, un par de puertas, al mismo tiempo me da risa —Jajaja. — Casi puedo escuchar, la música de fondo para esta escena, una buena melodía de piano, claro que sí.

Entonces, es cuando llego y no muy extenuada, debo agregar. Suena la pieza y me veo... ¡A mí!, ay no, debí hacer caso cuando me advirtieron, y descansar, estaré soñando, sí. Me guardo ese pensamiento, me relajo, disfruto la melodía y por primera vez en mi carrera, me veo a mí misma actuando, bueno, claramente es algo extraño, pero me ayuda a ver que puedo mejorar. La pieza continúa, y decido seguir una idea que he tenido, una idea, de caminar por un París de mis sueños.

Llueve fuertemente afuera, y no temo mojarme, pues como ya he dicho, ¡es un sueño!, calles tan iluminadas que adornan a la bella ciudad de París, al pasar por mi calle, veo al florista de siempre, que me regala una linda anémona color blanco, y bailo, y giro en las calles que parecen alumbradas, por una tenue luz de velas, ¡qué buena idea!, me dije, y es cuando aparecieron grandes velas blancas, que cubrieron las calles.

Caminando, me he preguntado, cómo sería la fuente de mi madre, en este apolíneo sueño, así que es entonces que bailo un poco hasta llegar a la calle, aquella donde crecí de niña, sigue siendo una gran casa, ventanas adornadas con bellas pinturas floreadas, esta vez llenas de anémonas, éstas, de distintos colores pastel, una gran puerta, impresionante, “De un color río Sena”, diría mi padre. Al estilo francés, claro está.

Doy unos pasos hacia atrás, para tomar impulso, y salto, como una bailarina debería, aterrizo, al otro lado del cerco, y busco el caminito de flores, que me guía a una fuente, una, que sólo busco cuando me encuentro, lo bastante melancólica, para no concentrarme.

Me siento en la orilla, y escucho un vals, un vals floral diría yo. Me pregunto tantas cosas, y a la vez, asomo mi reflejo a las aguas, no me gusta mi reflejo, me pone

triste, me recuerda a mi madre, y tal vez sea mucho, porque, ya he visto caer una lágrima.

De repente, sale un brazo del agua, y me he asustado tanto, que me he caído. Corro, corro de nuevo, corro rápido... suelto un grito, me han jalado del brazo, y, no sé qué pasará. Me veo, y es cuando empiezo a sudar de frío, este sueño, se siente muy real, y ahora está tan oscuro, que no puedo adaptar mis ojos a la luz.

Se escucha una voz, y la voz dice

- No huyas, o será peor.

-¿Es un sueño? — Contesto apenas.

-Si lo quieres ver así, puede ser— responde la voz.

-Entonces...—digo yo— ¿Qué sucede?

-Estás en el espejo. — La voz aumenta su seriedad.

-¿Cuál espejo?, mira, no sé de qué hablas, no quiero saber, no sé en qué me metí, pero, no lo contaré si es que eso te preocupa.

La voz me ha explicado que, accidentalmente, estoy dentro, en el espejo de la Ópera, éste se había ocultado, ya que, casi nadie lograba salir, supuse que esta mañana, al poner de cabeza el lugar, pudieron haber ido a colocar el espejo, en aquel salón del destello.

La voz resulta ser mi reflejo, ahora la veo, en el cuarto en el que he crecido, se acerca, y ligeramente se sienta a mi lado, dice que no puede decirme cómo salir, pero que es difícil, no es una lucha física, más bien es interna, es algo por lo que todos pasan, pero nadie toma en cuenta, es hablar, pero nadie gusta de

hacerlo, escuchar, pero nadie parece, prestar atención.

Me siento estresada, y algo atrapada en esto, no quería estar aquí. Sentada, siento una mano en mi hombro, ya nada me sorprende, pues he visto mucho hoy.

No sé qué pensar cuando... me giro y la veo. Es mi madre.

Tanto tiempo, había esperado un momento así. — ¿Puedo preguntarte de...— Y antes de que pueda terminar mi oración, como si supiera lo que pienso, suelta un

-No.

-¿No?, pero ¿sabes cuánto lo he esperado?, ¿Cuánto lo pienso?

- Si, pero no puedo decirlo, lo siento y te quiero — responde

Quedo estática. ¿Qué es esto?

-Tienes que entender, por qué, no puedo decirte, sólo sé que puedes lograr tus sueños — sonrío dulcemente después de decirlo, y me abraza, pero aun no entiendo.

Sabe que siempre me decepciono, siempre me canso, me esfuerzo, pero no lo creo.

-Espera... ¿Esa frase? — pregunto rápidamente

-Esa frase — contesta ella

Se desvanece, y con una frase tan cliché como, “Sólo sé que puedes lograr tus sueños” sé, que debo hacer.

Despierto en mi apartamento, sobre mi cama, entre edredones por el frío. Volteo hacia la ventana, como de

costumbre, y veo una nota con lilas, está en un papel viejo, y al parecer dañado por la humedad. Sé de quién es, y sé que no necesito leerlo. Rápidamente me visto, tengo que llegar temprano.

Hoy 22 de noviembre, veo el amanecer desde mi ventana, con sus suaves cortinas, que son doradas, dejo caer la mirada hacia un lado, y veo un jarroncito, lo he comprado hace unas semanas, lo lleno de agua, sumerjo la nota, y coloco las flores, para que amanezcan siempre, con el beso de la luz solar.

Camino a la Ópera, comienzo a pensar, que no tengo que seguir preguntando cosas, cosas que ya conozco, no debo seguir dudando de mí, no debo seguir cometiendo el error de no creer.

No necesitas a una persona, ni palabras, ni un espejo mágico que dicta el futuro.

Es lo que aprendí... no necesitas la magia de alguien más, necesitas la tuya, necesitas creer en ti, porque "El futuro pertenece a quienes creen en la belleza de sus sueños."

FIN

Olivia ha muerto

Dora Alicia Martínez Morales

*Para todos aquellos que día a día
tratan de aliviar la tristeza
por la ausencia.*

De repente, un correo colectivo: “se suspenden labores escolares hasta nuevo aviso”. No entendí. Me aislé. Nos alejamos. Empezó la cuarentena.

Timbró mi teléfono, era mi hija Olivia diciendo que estaba muy cansada. La noche anterior empezó con fiebre, tos seca y dolor de garganta. A los siguientes días, perdió el gusto y el olfato. Era evidente, estaba contagiada. El respirar se hizo difícil y el dolor en el pecho se agravó. La llevaron al centro médico.

El único contacto que tenía con el exterior, era una ventana desde donde veía el cielo azulado con pinceladas de nubes, los tejados y el cableado que parecían nudos de garganta. El sonido también la conectaba con el mundo. Las voces de enfermeras enviándose instrucciones de unas a otras y el ruido de las ruedas de las camillas atravesando pasillos. Muchos pasos, todos corren desesperados para atender a la mayor gente que se pueda: a la señora que está enojada y grita groserías, al joven que no ha dejado de llorar por su esposa muerta. Al señor que no ha dejado de toser toda la noche. ¡Qué caos!

El estado de salud de Olivia empezó a tomar extrema gravedad y la conectaron a ventilación mecánica. Esta condición se extendió por más de dos semanas y la evolución se volvió difícil. Estuvo intubada y presentó neumonía. Olivia, la que había traído paz a mi vida, se volvía marchita. Ella, incapaz de disimular su sonrisa y

su camaleónica habilidad de adaptarse a la vida, se extinguía.

En ese desolado cuarto, Olivia no sobrevivió al virus. Murió en su camilla, al lado de gente desconocida. La última vez, antes que ingresara al hospital, me dijo que tenía miedo de morir. Pero ella ya descansa, no sabe de la dolencia que deja. Ya no sufre, ya no palpita, ya no sonrío, ya no vive. Me dejó aquí con su dolor y un vacío en el estómago que ningún platillo cura.

Su muerte trajo a mi vida el silencio. No he podido romper en llanto. Me dejó aquí con su sufrimiento y un vacío en el estómago. Me he comido el dolor y las lágrimas con la esperanza de escuchar su sonrisa.

No me preocupa su muerte, me preocupa cómo vivir con su muerte. De repente, un correo colectivo: “se reanudan labores escolares”. Entendí. Me conecté. Nos comunicamos. Se fue. Olivia no está, ni un abrazo más.

FIN

Paciente.

Pedro Antonio Aguirre Coronado

En la sala de espera, está Juan, sentado en el curtido sillón de las personas que esperan una sentencia, la angustia se apodera de él, piensa en todas las personas que como ahora, esperaron ahí las peores palabras de su vida, piensa entre otras cosas, si los muebles tendrán memoria de todas las historias pasadas por ahí, el llanto, la desesperación, la ingenua esperanza de la salvación divina. Mas de una hora y la apática recepcionista no lo nombra y ni siquiera mira, absorta en su teléfono con las últimas novedades de vestido y chisme de la ciudad pareciera que no advierte la presencia del ultimo paciente del Doctor Ramos y mucho menos su angustia.

Resignado a la espera de su llamado, Juan recuerda su juventud, con 15 años no era un galán y en esa etapa de la vida cuando las primeras interacciones con el sexo opuesto parecen determinar sobre qué camino de las aventuras amorosas vamos a transitar: el sinuoso reservado para los introvertidos y poco agraciados o el sencillo, el recto, donde uno anda por diversas experiencias, casi siempre buenas. Conocer a Estela, su esposa, en el principio de sus 20 pareció resignarlo al amor monógamo y privarlo de las otras muchas experiencias que la libido guarda en la juventud. Ahí en esa edad fue su primera interacción con el tabaco y el alcohol, la mejor forma de encajar con sus compañeros era seguir las modas o mejor dicho vicios de la época: la fiesta, la parranda, los días de pinta y las insípidas borracheras de la edad. Pensar que todo eso iba a permanecer mucho más que el círculo al que quería pertenecer. Ahí se escribió su destino, ese

primer cigarro lo tenía en la antesala del neumólogo Ramos, pensar que todo eso pudo evitarse con mostrar personalidad y aplomo ante el rechazo. Tan mundano y superficial le parecía ahora el tema que se reprochaba su falta de carácter.

La sala del consultorio le parecía tan familiar, tanto tiempo pasado ahí lo hacía memorizar cada aspecto del lugar: las cortinas grises de un grosor que no permitía el paso de la luz solar y daba un aspecto aún más lúgubre al lugar, el color hueso de las paredes y la porta garrafón anacrónico a un lado del escritorio de la recepcionista, cada mirada que fijaba en alguno de esos objetos lo transportaba a diferentes etapas de su vida. El cuadro de una cabaña en la montaña sobre la pared del consultorio a espaldas de la recepcionista, le recordaba a todas las reuniones organizadas en casa de sus cuates donde la plática catártica, las cervezas y tabaco, lo sacaban del letargo de su vida laboral y doméstica tan predecible que pensó estaba escrita desde su cuna, sólo en esos momentos de desconexión se sentía realmente vivo, impredecible y espontáneo; ¿es el precio de los vicios? ¿la vida que se le escapaba? ¿Y que valía más una vida longeva y monótona o una corta, pero llena de emociones? Confundir la felicidad corta del vicio con una vida próspera y plena, lo hacían sumergirse en un remordimiento de una existencia mal llevada. Qué sería de él ahora que todo su potencial, que todas las esperanzas depositadas en su futuro, se disipaban en un consultorio médico.

Dónde trazar el punto de inflexión en su vida, era la tarea a la que se enfrentaba su conciencia ahora – difícil examen para la mente – a resolver en la sala donde se encuentra. Aun así, pudo precisar el momento en el que su vida dio un giro de 180 grados. Ese acontecimiento fue sin duda la muerte de su

madre. Criado por ella sola tras la repentina muerte de su padre durante su temprana infancia, la amorosa y rígida formación recibida por parte de su madre, le inculcaron un sentido de orden y lógica ante la vida que se derrumbaron completamente tras su muerte. Siempre Juan había creído que las acciones y decisiones que uno tomaba en la vida, llevarían consecuencias de un orden totalmente lógico y determinado. Cómo entender entonces que una mujer que sacrificó su vida por el bienestar de su familia, cayera presa de una monstruosa enfermedad, que antes del final había tomado cualquier rastro de la persona que fue de la manera más cruel posible. Fue a partir de tales acontecimientos, que Juan empezó a ver su vida como una serie de acontecimiento aleatorios que podían o no llevarlo a donde quisiera estar, es decir, su mujer, sus hijos, su trabajo y amistades no eran más que el resultado de vivir por inercia, que sentido tenía para él la planeación, la búsqueda de objetivos y metas si al final vivía bajo un orden caótico y hegemónico del cual no podía revelarse nunca.

Finalmente, ahí estaba, al final de toda su vida aguardando el turno de pasar. Se abre la puerta del consultorio el doctor Ramos despide a su paciente un hombre maduro de unos 55 años, estimó Juan aunque, por su demacrado semblante y esquelética apariencia pudo haber sido mucho más joven, mientras el doctor dictaba instrucciones a su recepcionista sobre la próxima cita del señor y pronunciaba las pertinentes palabras de despedida, Juan pensó lo ingrata de aquella profesión del médico, de verdad se podía perder cualquier rastro de sensibilidad o empatía ante las sentencias de muerte que tenía que repartir como forma de vida. Y ante la inminente llegada de su turno repasó como un estudiante a punto de recibir su

calificación final del semestre, cómo había llegado hasta ahí y que posibilidades tenía, recordaba los primeros indicios de su enfermedad, la tos seca y con flema que no desaparecía, la sensación de asfixio al subir apenas unos cuantos escalones, y los constantes dolores de pecho y espalda todos síntomas de una enfermedad que le reclamaría su vida y que se habían combinado con una fiebre que fue lo que terminó por llevarlo a buscar la atención médica. Dos semanas atrás, el procedimiento de resonancia, tomas de sangre y un montón de radiografías le habían parecido tremendamente invasivas e incómodas y no podía imaginar someterse a un procedimiento y tratamiento más complejos y dolorosos, y menos aún podía lidiar con la idea de que su vida terminara tan pronto, lejos de cualquier aspiración que parecía haber recobrado ahora en la antesala del fin. Es precisamente ahora cuando piensa que lo aleatorio e impredecible de la vida es justamente su encanto, la incertidumbre no debía alejarlo de lo que su corazón le dictaba que era su destino, lección aprendida muy tarde.

Pase, por favor, el doctor está listo para recibirlo ahora – dijo la recepcionista a Juan, quien ya estaba arrellenado en el sillón con la mirada clavada en la pared. Tardó un instante en incorporarse se levantó y se dirigió hacia al consultorio.

El consultorio del doctor Ramos resultaba bastante minimalista en decoración, muebles y acabados. Apenas un escritorio de madera, un par de sillas para los pacientes, una vitrina de aluminio con puertas de cristal donde almacenaba muestras de medicamentos e instrumentos para la práctica de exámenes, en el otro extremo de la pared una cama con tabla de examen y a espaldas del doctor una colección de logros, diplomas

y certificaciones profesionales que abrumaban de solo verlos.

- Buenas tardes, Juan. ¿Cómo te encuentras hoy?

- bien doctor, gracias, algo impaciente, pero listo, para lo que se tenga que hacer.

El doctor acostumbrado a todas las reacciones posibles cuando uno enfrenta su propia mortalidad, parecía indiferente al nerviosismo y ansiedad que el paciente frente a él le intentaba transmitir, Juan por otra parte no sabía si esta apatía era un buen o mal indicio de lo que estaba por venir.

-Muy bien, señor Benítez, usted vino a primera consulta hace un mes con cuadro de neumonía moderado, al realizar la inspección clínica se detectó una sibilancia en la respiración y una obstrucción en la misma, las pruebas de alcance y fuerza de respiración mostraron una debilidad pulmonar de consideración y por tanto, se recomendó remitir a resonancia magnética y placas de rayos x de la caja torácica desde ángulos diversos y para la sintomatología de la neumonía se recetaron antiinflamatorios y antibióticos para tratar la infección y fiebre, así mismo específico 30 años de activo tabaquismo. Los estudios se realizaron sin complicaciones hace un par de semanas y hoy el laboratorio ha remitido los resultados-. Mientras le leyó su expediente, Juan sintió cómo sus manos sudaban, su ritmo cardiaco se aceleraba y un malestar estomacal lo tenía al borde de la incontinencia, apenas y escuchó el repaso clínico de su historial, pues tenía la mirada clavada en el sobre tamaño oficio en el escritorio. - ¿ha presentado algún nuevo síntoma desde su última visita? La pregunta pareció sacar de su trance a Juan quien contestó que

con el tratamiento recibido había mejorado bastante y apenas quedaban rastros de los mismos.

El doctor Ramos procedió a abrir el sobre frente de él, y dejando una serie de hojas con pruebas y valores, tomó las placas de rayos X donde referían los hallazgos. Juan en ese momento quedó completamente vacío de pensamiento expectante a lo que el semblante del doctor reflejaba. – Bueno, señor Benítez, como le explique dado su historial familiar y de tabaquismo actuales, los síntomas por los que buscó atención medica hacían pensar la presencia de tumoración en el sistema respiratorio. Sin embargo, los estudios realizados eran necesarios para realizar un diagnóstico acertado, tengo que informarle que los resultados de sus placas de rayos X, y de sus exámenes de sangre han revelado que no existe evidencia o indicio de actividad tumoral y que la infección respiratoria ha cedido completamente con el tratamiento recibido-. Al escuchar las palabras del doctor Ramos, Juan sintió un alivio que despejó su mente por completo, ahora la vida caprichosa como es, le brindaba una segunda oportunidad de vivirla, las posibilidades abiertas ante él parecían infinitas. Como nunca antes su destino se revela ante él, no como un sendero único, sino que ahora presentaba tantos caminos, pensó en todo lo que estaba por delante de él, había entendido la lección, había hecho la catarsis necesaria, se había librado de todos sus demonios y ahora estaba listo, para por fin, mirar al presente. Salió del consultorio como otro hombre renovado, mejorado, la cáscara de él había quedado en la silla del doctor y ahora un nuevo inicio – ¿Señor Benítez, su pago va a ser en efectivo o electrónico?

FIN

Pueblo verde

José Raúl Jaramillo Coronado

El pueblito, lucía pálido y sabuloso., sus árboles secos, lo mismo que sus parcelas—Ah—suspiraba Conejita Nita. — Sólo las maromas rodaban por las calles y los surcos del solar. Como añoro cuando ayudaba a mi padre y abuelo a sembrar la zanahoria, qué hermosos recuerdos de los días de campo, correteando mariposas, saboreando las más sabrosas gorditas hechas a mano—¡Pásenme otra por favor, un cafecito!, aunque sea con pan de pulque—,un chocolate con tapa diría mi hermano (un pan sobre una taza).—¡Ay! pueblo verde, qué tristeza me da verte así— exclamaba Conejita Nita—,amante y protectora de la naturaleza, que soñaba con ser licenciada en ecología.

Don Conejo Nejo, había ordenado desde que compró los humedales, desviar el agua a sus cosechas., el pueblito se fue secando poco a poco y el gobernador, no contemplaba en su agenda a nuestra amada población, al igual que Don Conejo Nejo, que, ¡Ni en pintura nos quería ver! La sociedad del pueblo se negaba a dejar sus tierras, lo que con tanto amor habían logrado sus abuelos.

Doña Tortuga Tuga, así como Doña Trucha Chucha no tenían parientes en ninguna parte del mundo, todo lo que tenían estaba allí, ellas eran endémicas de la región., agua si tenían, aunque sólo la indispensable.

Poca gente acudía al pueblo, sobrevivían de la venta de dulces de leche y artesanías, tenían que caminar de pueblo en pueblo para ofrecer sus productos. —Algo tenemos que hacer—dijo Conejita Nita, mirando la suela de sus zapatos casi a punto de reventar.—Horas más tarde, en la reunión de la cooperativa, llega Don

Ruiseñor y Ardillita Tita, que puntualizó—Buenas noticias deben tener, es un Dr. muy conocido, es intelectual, amable, sencillo, pero de carácter, un gran señor, amigo de Doña Tortuga Tuga. — Ya desde hace algunas primaveras Doña Tortuga Tuga, y Doña Trucha Chucha son las más afectadas, endémicas de la región. Conejita Nita, se dio a la tarea de localizar a Don Ruiseñor, quien pertenecía a una ONG justa y solidaria con las comunidades marginadas. Después de exponer la situación tan compleja a Don Ruiseñor, este accedió inmediatamente para apoyar en lo que fuera menester, decidieron “poner pies en polvorosa”, pero no fue así, ya que Don Ruiseñor tenía una flotilla de vehículos, además de personal de la ONG ex profeso.

Ulteriormente de recorrer intrincados caminos, llegaron al pueblecito, y sin perder tiempo iniciaron reuniones, así como talleres, juntaron a todo el pueblo: comerciantes, agricultores, empresarios, maestros, y hasta jóvenes estudiantes muy entusiastas y participativos. Se llevaron a cabo reuniones y más reuniones, talleres de especialistas en la materia, se presentaron videos sobre el cuidado y cultura del agua, — Serán nuestros mayores aliados— les decía ruiseñor. —Hubo conferencias, mesas de trabajo, y orientación a toda nuestra gente sobre los medios sustentables, todo para que nuestro pueblo verde, no se pierda en el olvido.

La comunidad, motivada y entusiasmada, decidieron hablar con Don Conejo Nejo, Conejita Nita, Don Ruiseñor, y una comitiva. Llegaron a la casa de Don Conejo Nejo, y después de muchos intentos, al fin los recibió.

En tono serio, pero amable, Ruiseñor, todo un caballero, dijo:

—Buenos días, Don Conejo Nejo, no queremos quitarle el agua, sólo queremos racionarla y distribuirla de una manera equitativa, no sobre explotarla.

Conejita Nita continuó:

—Los humedales se podrían secar en algunos años, y todo lo que somos ya no será, el pueblo verde podría morir. Nuestras cosechas de zanahoria mantenían este pueblo y su cooperativa, que decir de nuestra feria de la zanahoria, la más grande de la región. —Realizamos reuniones para el cuidado del agua, y con su apoyo, logramos que pueblo verde resurgiera como ave fénix, recordando el amanecer, que era diferente, hace algunos años en pueblo verde.

Don Conejo Nejo, que, siempre estaba ocupado en sus negocios, se vio como en una película, montando su caballo relámpago al lado de sus amigos, en los verdes prados llenos de flores, riachuelos con pececillos multicolores, nadando en las pozas que, tanta riqueza natural regalaba al mundo, y saboreando los más ricos dulces en la plaza. En especial, recordó cuando su amiga, Doña Tortuga Tuga, le salvó de morir un día ahogado en las aguas cristalinas, fue entonces que escuchó como” le cayó el 20”, y exclamó— ¡Yo, mi querida amiga Tortuga Tuga, no te dejare extinguir! — Don Conejo Nejo, no lo pensó 2 veces y firmó el acuerdo, poco después, todo el esfuerzo de pueblo verde valió la pena. El Sr. Gobernador, quien también puso su granito, inauguró su feria, la más grande de la comarca.

El pueblo se vistió de verde amor, amor por el agua, su flora y su fauna. Doña Tortuga Tuga, y Don Conejo

Nejo se abrazaron con respeto, la reina de la feria Conejita Nita, y Don Ruiseñor elevaron su vista al cielo, dando gracias al creador.

FIN

Revelaciones de un Futuro Pasado

Jorge de la Garza Hernández

De nuevo tengo el pensamiento de que me la voy a encontrar. Sé que soy yo el del problema, que no quiero olvidar esos recuerdos de mi otra vida.

Desde que recibí este “don” sabía que habría responsabilidad, aceptaba las consecuencias de todo lo que hacía y estaba en paz con lo que no fue. Nunca tuve problema en perder algunas cosas para ganar otras. Siempre tuve la seguridad de que era lo mejor para mí y mis allegados.

Aprendí a la mala, que cada decisión tiene un costo, pero también un beneficio. Como una especie de regla. Nada de lo que cambiaba en mi destino determinaba gran cosa. Siempre me sentí muy normal, sólo era uno más, pero por alguna razón tuve esta suerte.

Con el tiempo encontré varios maestros que también podían manipular el futuro, me enseñaron el deber que conlleva vivir una vida tan privilegiada. Eran severos si me aprovechaba y sólo me pedían colaborar con sus intereses a cambio de aprender. Ahora que ando por mi cuenta, cambiar el futuro ya no me interesa, en realidad es el pasado el que quisiera cambiar.

Había un destino, de los pocos que pude ver hasta el final, donde aparecía con una chica de la universidad, hablábamos de vez en cuando como cualquier compañero de clase, tenía novio y un día ella cortó con él, algo que ya sabía que iba a pasar. No quería involucrarme porque entendía que no era mi lugar. Debido a aquel “don”, siempre mantuve una actitud alejada, conocer gente nueva para mí era una pesadilla

y ser amigo de alguien lo sentía como una responsabilidad.

Un día, de pronto, ella me marcó. Éramos amigos, pero realmente no me sentía como un amigo íntimo, como al que le cuentas esas cosas. Sin embargo, sabía que pasaba por un momento difícil, y bueno, gracias a ella había pasado varios exámenes, no podía simplemente ignorar la llamada. En ese entonces, yo tenía novia, jamás hice nada para que me quisiera, era genuino.

Cuando tomé la llamada y escuché su voz temblorosa y a punto de quebrarse, me preocupé. Jamás vi algo malo en su futuro, sólo cosas inevitables de la vida. Después de saber que no estaba en peligro mencionó el motivo de la llamada. Es que se me perdió mi credencial -me dijo-, por dentro sabía que no era la razón y no es necesario ver el futuro para darse cuenta. Le ayudé a comprender que no se preocupara por su credencial y que lo que debía hacer era repetir el trámite. Actué inocente con el objetivo de no tener que comentar sobre los problemas con su pareja y colgar; entonces me detuvo, había otra cosa por la que quería hablar.

Conforme me decía que iba a terminar con su novio, yo sabía que era lo mejor para los dos, ya que sabía sus resultados. Después de escucharla no pude evitar darle algunos consejos, y de verdad que traté de ser neutro.

Cuando terminamos de hablar ya estaba mucho más tranquila, finalmente pudimos terminar la conversación. Llevábamos ya varios semestres siendo compañeros en un mismo equipo del salón, porque sabíamos que nosotros sí trabajábamos; había un contacto meramente escolar, pero ella pasaba por un momento difícil y aprendí a ser un amigo.

Después de eso creí que todo seguiría su rumbo, yo iba a darme de baja de la universidad y ella se cambiaría a otra escuela. Alejados y sin motivos para vernos, sin embargo, iba a quedarme un semestre más en lo que terminaba de hilar mi futuro.

Continué tratando con ella y cada vez me sentía más a gusto. Disfrutábamos de platicar y de contarnos cosas. Hasta le contaba cuando tenía problemas con mi novia. Con el tiempo pasó lo inevitable, comencé a enamorarme. Mi pareja no tardó en darse cuenta de que algo había, pero no estaba molesta, sólo empezó a tomar distancia, finalmente, tomó la decisión de terminar y un día vino sólo a despedirse. Me dolió, pero seguir con ella en esas circunstancias habría sido un error.

Después de reflexionar por unos días tomé la decisión, quería estar con la chica de la escuela, pero si influía, no iba a ser real. Era un problema, no quería perderla, ni obligarla, pero verdaderamente sentía demasiado por ella. Excusándome, hacía algunas cosas para que estuviese conmigo, y cuando me daba cuenta trataba de cambiar de rumbo. Sabía que estaba mal, que no era correcto. Esos movimientos en el tiempo ocasionan mucho caos y se vuelve demasiado difícil conocer el resultado.

Le terminé contando todo a esta chica, sobre mis habilidades, pareció no importarle realmente. Creí que me tomaría a loco. Para ese entonces, a ella le gustaba alguien de su trabajo y algunas veces movía los hilos para que se hicieran cercanos. Entre tantos cambios, terminamos confundiéndonos los dos y comenzamos a salir.

Para cuando nos veíamos en un plan más serio, a tiempo se dio cuenta de que era un error; ella recién

salida de una relación y yo también. Sin embargo, decidió terminar de tajo, después de un tiempo tuvimos una llamada para “quedar bien” que no sirvió de mucho. En parte me sentía aliviado. Había influido, pero ella pudo elegir con libertad.

Por alguna razón, comenzó a pensar que me aproveché y aunque me lo preguntó, le respondí con una verdad a medias, diciendo que no había usado mi “don” en lo absoluto para que se diera esa relación. Temía que me odiara si le decía la verdad.

Con el futuro estabilizado, pude ver cómo iba a terminar, ella me volvería a contactar para decirme que ya no sentía que fue un error y que podíamos seguir siendo amigos. En ese punto yo sabía que existían dos vertientes. La primera era exigirle una respuesta directa, sobre si quería algo serio conmigo, lo que nos llevaría a separarnos, y la segunda, era tomarme ese mensaje a la ligera, lo cual daría la posibilidad de una relación más adelante.

Tomé la primera opción para poder cerrar ese ciclo y continuar con mis planes de vida. Al final, todo siguió su rumbo. Mis maestros me enseñaron a crear futuros seguros y concisos por medio de varios ejercicios de meditación. Los utilicé para terminar de crear mi destino, mi plan era no tener que hacer esto nunca más y, a la vez, tener seguridad. Por medio de visiones avancé en mi vida futura y anclaba en la memoria las acciones principales que más me beneficiaban; en ellas crecí, llegué a la vejez y finalmente a la muerte, después de un momento de oscuridad, pensé que era realmente el final, decidí detenerme aquí y justo antes de abrir los ojos, una visión con esta chica apareció. Comencé a ver una vida a su lado. Todo fue tan rápido que me desperté del trance en el que estaba. Abrí los

ojos de golpe y me sentí como asfixiado. Con el tiempo, continúe descifrando ese camino. Era difícil, ya que aparecía por partes. Algunas veces veía un día de trabajo aburrido y otros, el nacimiento de una bebé.

Les hice varias visitas a mis maestros para tratar de entender lo que pasaba. Al parecer, yo tenía otra vida, en la que no era capaz de cambiar el futuro, en esa vida, ella y yo estábamos destinados a estar juntos. Fue extraño, jamás me llamó la atención en la escuela y después de lo que pasó, se alejó para siempre. No me parecía lógica esta respuesta.

Desde entonces, ella se vuelve recurrente en mi memoria y con el tiempo esas visiones se tornaron más claras. Pude ver todo lo que íbamos a hacer. Era una vida demasiado tranquila, humana, sencilla y limitada. Sin embargo, parecíamos estar realizados.

Me tomó un año ver todo lo que conllevaba tomar esa vertiente. Negué por meses que quería estar con ella, y conforme avanzaba en ese destino, me enamoraba más de lo que pasaba. Quería regresar el tiempo y nunca haber cambiado nada. Anhelaba esa vida, esa familia y esos recuerdos. Deseaba vivir esas peleas, tener ese trabajo que no me gustaba, conocer a mis hijas, dos niñas y si todo iba bien, al hijo menor. Sacar a pasear al parque a los perros, vivir en la misma ciudad cerca de sus papás los cuales se meterían demasiado en la relación. Que me acompañara en el funeral de mi padre, verla crecer en su trabajo, tener ese viaje fuera del país que nos dejaría endeudados, aquella luna de miel en la playa, sentir su apoyo en mis sueños guajiros de ser músico, que en ese porvenir no serían factibles. Incluso vi que me sería infiel aun estando casados, y la perdonaría.

Constantemente balanceaba el futuro que quería con el que tendría a su lado y aunque para mí, significaba cambiar mi vida totalmente, saber que por alguna razón nos sentiríamos realizados, parecía ser más que suficiente. Sin embargo, había un gran contratiempo; la muerte. En esa vertiente moriría mucho más joven. Dejarla sola con tres adolescentes no era una idea tan agradable, aunque sabía, que saldrían adelante.

Decidí ir con mis maestros de nuevo para pedirles un favor. Quería saber si podíamos hacer algo para que ella regresara, pero con libre albedrío. Sólo que supiera que no fue completamente mi culpa lo que sucedió. Después de aguardar varias semanas, me comentaron que sólo debía esperar su regreso. Jamás volvió.

Después de eso dejé de ver el futuro y por más que me concentraba o trataba de visualizar aquel posible acontecer, no podía hacerlo, era completamente imposible. El “don” se había ido y mi vida tomó un rumbo distinto. Ahora ni siquiera estoy viviendo lo que proyecté la primera vez. No sé a dónde voy.

Los maestros se desaparecieron y sin este “don”, vivir se volvió muy difícil. Batallé en acostumbrarme a una vida tan incierta. Pasado un tiempo y bastante terapia, acepté la situación, aunque a veces sigo extrañando el futuro que vi, poco a poco se vuelve más fácil entender que nunca existió. Como jamás volví a ver a la chica de la universidad no supe que pasó con ella. A veces tengo el sentimiento de que ella se siente igual, de que “algo” nos faltó.

Quizás, pueda volver a empezar. Hoy conocí a alguien en donde trabajo, me llamó mucho la atención, fue una plática meramente casual y la asignarán a la misma oficina, no sé qué pase y no me preocupa, en parte

agradezco ya no poder ver nada más que el presente, aquellos poderes eran emocionalmente muy desgastantes. Supongo que así es como la vida debe ser.

FIN

Titulo

Sheccid Sarahí Rivera Hernández

Te contare una historia ¿La quieres escuchar? Hay muchas, pero ¿te parece si empezamos por la tuya?

Fue unos meses después de que nacieras, nunca pensé que, hacer aquello terminaría con lo que más he amado. Yo sólo fui a cumplir esa promesa que, silenciosamente, le había hecho.

Todo comenzó el 27 de abril en el año de 1897, cursaba el segundo grado de secundaria, yo era el “raro” del salón, un chico huérfano, tímido y callado, a veces pareciera que no existiera y entonces la conocí a “ella”, llegó como estudiante de nuevo ingreso, era una chica sencilla, siempre parecía estar feliz, sin embargo, algo en su mirada reflejaba temor, angustia.

Por alguna razón le caí bien, mientras todos me rechazaban, ella decidió juntarse conmigo a pesar de lo que decían los demás y cuando le preguntaba el por qué, ella siempre respondía lo mismo “a mí me agradas así, me pareces muy, lindo, además no me gusta verte sólo porque cuando lo estás tienes una cara triste y seria”.

Al pasar del tiempo, llegamos a conocernos muy bien y a confiar plenamente uno en el otro y entonces llegó el momento, ella me contaría eso que la mantenía llena de temor y que hasta ahora no se atrevía a contarle a nadie. Nunca conoció a su madre, su padre le confesó en una de sus tantas borracheras que él la había asesinado, no se arrepentía y sentía orgullo al decirlo, desde pequeña su papá la drogaba para abusar de ella, la maltrataba y apenas le daba comida para subsistir, no conforme con eso la llevaba a lugares horribles para

venderla a desconocidos, luego de recibir el pago lo gastaba en alcohol y apuestas. ella odiaba todo lo que le hacía. Con el poco dinero que su papá le daba para cubrir los gastos de la casa y sin que él se enterara compraba algunas cosas para ella, siempre encargándose de esconderlas bien, pues si las llegaba a descubrir se las quitaba para después golpearla hasta dejarla inconsciente.

Al igual que ella, yo lo comencé a odiar, lo aborrecía. Cada vez eran más frecuentes los moretones, golpes y marcas en la piel que su padre le dejaba, ya no podía ocultarlas tan fácilmente. Cuando al fin me armé de valor y decidí hacer algo para ayudarla y sacarla de ese infierno fue demasiado tarde, ella no pudo soportar más, los abusos y maltratos de su padre le robaron la vida, murió con la edad de 14 años.

Me frustré, el enterarme de su muerte y saber que no pude hacer nada por ella, me llenó de una ira incontrolable. No acudí a su funeral, no me atreví, no tuve el valor, me sentía tan culpable de no haber hecho nada por ella y en ese último día, el día de su entierro, desde nuestro lugar favorito le prometí encontrar y matar a su padre, pues el imbécil al darse cuenta del cuerpo sin vida de su hija, huyó tan lejos como pudo.

Las autoridades me interrogaron, al parecer yo era la única persona con la que ella hablaba sobre su vida, mientras que la mía no volvió a ser la misma.

Dejé la escuela, me alejé de todo el mundo, pasaron los años, esperé el momento adecuado, me entrené duro e investigué todo lo necesario para cometer el crimen perfecto, fue así cuando a los 27 años de edad me convertí en el asesino del ahora famoso abogado Edward Jones, pues el idiota cambió su identidad por

completo, ahora era una persona diferente y respetable de quien jamás sospecharían.

Quién diría que todo lo que luché para que ese momento llegara no valió la pena. De la nada, una inesperada visita llegó a la casa buscando a Edward, nuestras miradas se cruzaron. Fue inevitable el encuentro. Estaba idéntica, los años le habían sentado bien, se veía hermosa.

Es algo gracioso ¿no? Saber que “ella” nunca murió y en cambio sobrevivió milagrosamente por el error del médico que la diagnosticó muerta. Bloqueó su trauma, todo lo que vivió fue olvidado y ella fue llevada a un orfanato porque nadie la había reclamado en el hospital, su padre al enterarse y por temor a que recordara y dijera una palabra sobre su pasado fue por ella aparentando ser el padre perfecto. Esta vez ella lo amaba como lo máspreciado del mundo y a mí me odiaría por ser el asesino de su padre. Intenté explicarle miles de veces, recordarle lo que vivió, lo que sufrió, lo que su padre perfecto “Edward Jones” ocultó, le daba pastillas con drogas y sustancias que afectaban su cerebro haciendo imposible recuperar sus recuerdos mientras lo consumiera, ella lo negaba, simplemente lloraba y gritaba en su desesperación, no me creía o al menos no lo quiso hacer... No en su nueva vida perfecta, donde era la hija perfecta para un nuevo padre perfecto y su difunta madre perfecta “que había muerto al momento de parir”, ideó un pasado con recuerdos falsos que su padre le contaba para queviera que su vida “en el orfanato” fue perfecta; ella había crecido y ahora tenía el título de sus sueños perfecto, su esposo e hijo perfectos, un perro perfectoy una casa perfecta, todo, absolutamente todo era perfecto; ella físicamente era igual que hace años solo que ahora vivía una vida perfecta.

No sabía qué hacer, ella ahora -me odiaba, gritaba y lloraba y no lo pude soportar así que hui lo más rápido que pude de ahí, cuando pasó un poco el tiempo y ya con más calma, intenté hablar con ella, explicarle por qué lo asesiné, al ya no ingerir las pastillas, los recuerdos de su pasado comenzaban a aparecer, pero lo negaba, y esto la atormentaba porque su nuevo padre perfecto nunca haría algo así, decía.

Se mudó a un lugar lejano y solitario, una casa abandonada en el bosque, amenazándome que si me volvía a ver se aseguraría de decirle a todo mundo lo que hice y llevarme a la cárcel, mientras yo en sus ojos, veía claramente cómo me decía “sálvame, sácame de aquí, ya no quiero vivir esta farsa”.

A los pocos meses del suceso, cuando estuve listo fui a su casa intentando que todo volviera a ser como antes entré nosotros o al menos intentar aclarar y calmar las cosas, cuando entre a su casa tanto ella como su esposo se asustaron, supongo que no es normal entrar a una casa con llave sin que nadie se dé cuenta, su esposo sacó un arma y amenazó con dispararme si no me iba, al ver que no tuve ninguna reacción se comenzó a poner nervioso, intentando atacarme con golpes, antes de que me diera cuenta estaba encima de él golpeándolo con fuerza, mis manos cubiertas de sangre, mía y suya, ya no reaccionaba, lo había matado sin darme cuenta. Ella estaba muy asustada y confundida, su hijo estaba llorando y lo mandó a su habitación, el niño temblando de miedo por lo que vio, se echó a correr y resbaló en las escaleras con la sangre de su padre, cayendo hacia atrás se fracturó el cráneo muriendo casi al instante. Yo no sabía qué hacer, su esposo y su hijo en el piso, muertos a consecuencia de mi ira.

Intenté hablar unos momentos con ella, pero no me escuchaba, sólo lloraba y gritaba que lo había recordado todo y que esos recuerdos no la dejaban vivir en paz, esa farsa bien montada por su padre y que creyó tan real. Le ofrecí vivir conmigo, le jure que jamás la traicionaría, pero no, no escuchaba, estaba en shock, no era conmigo con quien hablaba sino con ella misma. Todo pasó tan rápido, no lo vi venir, en un descuido mientras discutíamos en su desesperación de ya no querer vivir tomó, el cuchillo de la mesa y se apuñaló directo al corazón, se desangró, no había nada que hacer, la casa estaba demasiado lejos de un hospital y pedir una ambulancia llevaría horas además de la explicación de las otras muertes, aunque lo intentara ella moriría dentro de unos minutos, lloré y mucho, no te lo voy a negar, luché tanto por ella hasta ese día.

En ese momento, decidí que empezaría a ver únicamente por mí y no seguir gastando mi energía y vida en otras personas, ya que eso nunca me sirvió de nada, mi mente estaba perdida cuando empecé a escuchar, un llanto, un llanto desconocido de un recién nacido, aun sin comprender por completo lo que retumbaba a mi alrededor, decidí ir en busca del origen de aquel llanto y te vi a ti, acostada en tu cuna, recién despertada después de una siesta, descubrí que ella te había dado a luz hace poco por tu apariencia y no me atreví a matarte, te parecías tanto a ella, aun siendo una bebé y no supe qué hacer, eras el único recuerdo que me quedaba de ella, fue cuando decidí cuidarte, quería que tú vivieras de la forma en la que ella siempre quiso vivir, a veces me pregunto si la pintura home que puso tu madre ahí era porque se sentía confundida y aterrorizada de lo que le pasaba en su vida, creé muchas pinturas parecidas a esa como

solace, flutter y sketch porque me recordaba a tu madre.

Me esforcé por darte esa vida ideal, por hacerte feliz, aunque no sirvió de mucho. Te enteraste de la verdad y ahora me tienes miedo al saber que soy el asesino de tus padres; no hablas, casi no comes y rara vez decides mirarme, lo único que haces es jugar con tus juguetes y el perro que te regalé para hacerte compañía porque me recordó al que yo le regalé a tu madre días antes de su primera supuesta muerte.

Mientras tanto, yo estoy sufriendo, atormentado por los últimos momentos en que vi a tu madre, no sólo escuchando su voz si no viendo su cara en todas partes, también escucho la voz de tu padre y hermano, gritando en mi cabeza, las palabras de auxilio y su miedo expresión antes de morir. He intentado criarte yo solo de la mejor manera posible en la misma casa del bosque donde apenas y puedo dormir, ayudándote en todo lo que puedo mientras soporto lo que pasa por mi cabeza.

Perdón si te falle en mi intento de ofrecerte la vida que ella quiso en vez de la tuya propia, me gustaría que vivas una vida mejor.

Con amor, la persona que te cuidó estos años, pues tanto tu como yo, sabemos que no merezco ser llamado padre. Espero consigas esa tan deseada libertad en la nueva vida que te espera en ese lugar, y espero me perdones no sólo por matar a tu familia sino también por darte esta carta en tanto me observas con miedo sin poder moverte mientras te entierro.

FIN

Trama y Tragedia

Diana Angélica Rodríguez Ruíz

Viernes 2 de febrero de 1923, día ornamentado por una neblina un tanto densa y blanca, fiel recordatorio del Día de la Candelaria, desde la calle de Simón Bolívar puede percibirse una mezcla de aromas en el aire que van desde el olor a leña, tamales, champurrado, canela y la ferviente dedicación de los fieles a esta fecha.

Mucho antes, doña Carmela ha decidido darle revancha a los gallos y la luz del sol preparando en un balde una exuberante masa, para la elaboración de sus tradicionales tamales, pero no es una simple masa es un conjunto de anhelos y suplicas que como cada año efectúa con la esperanza de que una fuerza extraordinaria le devuelva el don de escuchar a su hijo Santiago, un joven de 14 años, quien tiempo atrás tuvo un trágico accidente a causa de la pirotecnia, por aquel entonces el fungía como ayudante de don Armando, un hombre de ya avanzada edad, que tenía su taller por la calle de Múzquiz, pero una tarde de agosto, todo estalló y las calles aledañas se llenaron de colores y polvo, Chago, como le dicen de cariño, logró salir entre la turba de colores y sonidos con el precio de su sordera y cicatrices en sus brazos y manos que en ese momento sirvieron de escudo para protegerse. En cuanto al viejo artesano antes del suceso se encontraba en su siesta, en un zaguán del fondo, la cual fue interrumpida por los estruendos de su taller, sus cataratas y la pólvora fueron aliados para convertir el largo pasillo que conectaba con la salida en un eterno camino a la muerte.

Entre lágrimas y orgullo, una tarde de 1919, despidieron a Juan Armando Modesto Mori en el panteón Santiago, frente al cerro del pueblo, al entierro acudieron conocidos y familiares desde la capital, Durango, Chihuahua e incluso Chiapas todos guardaban estima aquel hombre que

a pesar de no poder ver era capaz de armar desde petardos y palomas hasta toritos que podía ensamblar con rapidez y habilidad admirable, dicho talento fue el producto de una tradición familiar, aquel hombre provenía de Tultepec pueblo distinguido por la producción de fuegos artificiales, pero debido a las carencias familiares un día fue enviado a la creciente ciudad de Durango donde tuvo el resguardo de una tía, pero cansado de lo estricto de su trato huyó tomando un tren sin conocer su destino, la parada fue: Torreón, donde durante 10 años trabajó en una compañía algodonera, ahí conoció a una joven lagunera con quien formó una familia de cuatro hijos: Rosario, Manuel, Eusebia y Agustín, la cual tuvo que abandonar una madrugada de diciembre en tren, el cual se dirigía a la ciudad de Saltillo a causa de un disturbio en la planta algodonera donde murió un campesino como consecuencia de una pelea entre un ejidatario, adjudicándole a Armando este delito injustamente por encontrarse en el momento incorrecto.

Entre lágrimas que humectaban la reseca piel de sus hijos y esposa el hombre de ningún lugar y todos, se despedía con un dolor que empezaba desde la garganta y terminaba en el estómago como si una sensación de ahogo le impidiera gritar y sólo pudiese conformarse con tragarse su desesperación.

Fue un 12 de diciembre de 1873, cuando aquel hombre pisó por primera vez la tierra saltillense, en su camino encontró una peregrinación de hombres y mujeres que entre silencios, plegarias y cantos se dirigían a una fiesta patronal. Era imposible no sentir envidia de ver la alegría de aquellas familias, sabiendo que la suya yacía a kilómetros de aquel lugar desconocido. En su agonía, caminó con aceleración por aquel sitio que evocaba emociones agrias, pero en cuestión de segundos frenó al pasar por un pequeño nicho sintiendo un ligero consuelo, en éste había de todo un poco, veladoras, imágenes, flores

frescas y otras un tanto marchillas, de lado destacaba el rostro de un hombre de edad joven, mirada profunda y rostro firme quien de acuerdo a los lugareños era un joven estudiante de medicina quien días antes había decidido terminar con su vida a causa de un mal de amores que a pesar de la distancia no logró superar y en una porción de potasio encontró un consuelo, frente a esto sólo pudo sentir tristeza nuevamente y siguió su paso desde la calle de Pérez Treviño, pasando Matamoros donde hizo una pausa en una mezcalería ubicada en la calle Real de Guanajuato, no tuvo conciencia de sí hasta ya entrada la mañana del día siguiente cuando el sonido del arroyo lo despertó y junto a él estaba un hombre con aspecto de soldado quien se presentó como Simón Casimiro, él compartió un poco de quelites con pan de pulque que entre anécdotas y risas se despidieron.

Más de 40 años transcurrieron y Armando jamás supo nada sobre aquel hombre que muchos especulan que se trataba del famoso Rey Dormido, quien fue un soldado mexicano que participó durante la intervención americana en Saltillo y que tenía como objetivo terminar con todo aquel forastero con intenciones bélicas invitándolos a cantinas y burdeles para luego asesinarlos en el arroyo Guanajuato, hasta que un buen día nadie logró saber más de él, salvo Armando.

Así fue la vida de aquel hombre. Un ir venir de tragedias y momentos agrios, mucho tiempo habitó en las calles de la ciudad acompañado de un grupo de hombres quien compartían penas y tragos, por ejemplo: Quirino había perdido una mano y nadie quería darle trabajo, Plutarco perdió a su esposa durante el segundo parto de uno de sus hijos, los cuales ahora eran cuidados por su abuela y don Rufo un hombre de avanzada edad a quien la vida nunca le brindó serenidad y ahora sólo esperaba su muerte con tragos de aguardiente; estos hombres se hacían llamar los

cuatro vientos, por ser volátiles en su estancia y en alusión a los puntos de la rosa náutica.

Una mañana, como de costumbre, los hombres se despertaron para continuar su rutina de olvido, cuando de pronto, se dieron cuenta que Rufo ya no formaba parte de este mundo, lamentaron su muerte, pero a la vez sintieron un poco de alivio y brindaron por él hasta perder noción de su angustiosa vida. Este oscuro episodio del artesano duró algún tiempo hasta que una noche de agosto, al voltear al cielo, veía cómo este se transformaba en un lienzo de colores y luces, entre cada estallido, él sentía que el dolor de su pecho también se rompía y liberaba todo aquel veneno que lo consumía, las lágrimas en sus ojos eran imposibles de cubrir y los gritos de ahogo después de tantos años le permitían purgar aquellos sentimientos sepultados con aguardiente.

Esa noche de agosto, no podía dormir por la euforia de querer sentir que al menos había algo en este mundo que lo invitaba a quedarse en él y ello eran los fuegos artificiales. A su mente regresaron los aromas de la pólvora, las noches de desvelo familiar que anticipaban el trabajo para la elaboración de cargas de alegría para el pueblo. Lo anterior lo motivó a ser ayudante de unafamilia por apellido Zavala, de quienes aún después de 40 años conserva retratos y objetos personales en una cajita de zapatos la cual guardaba con recelo y cariño, por ser esta familia un lucero dentro de sus pesares. Años más tarde, Chago encontraba las cenizas y restos del contenido de esa cápsula.

Pero retomando las mandas y devociones de doña Carmela, ésta preparaba con rapidez sus labores, su mandil estaba humedecido y frío al igual que sus manos las cuales ya comenzaban a mostrar signos del cansancio y trabajo por medio de manchas y venas que sobresalían de la piel, a su vez su hijo dormía plácidamente bajo una

jerga de lana y envuelto en el calor de la leña; pronto este despertaría y como costumbre iría a buscar a don Pascual para ayudarlo a descargar cajas de verduras y frutas para acomodar todos los productos en los estantes de la tienda el águila de oro, pero desde que el joven perdió la audición, se ha de reconocer que ganó otros talentos como anticipar sin necesidad de un reloj el tiempo, o sin uso de una báscula los pesos, detectar el movimiento o mejor aún predecir la caída de algo, todo esto en voz de la vecindad.

Y no tardando mucho tiempo en despertar, Santiago saltó de su catre para saber que sus labores le esperaban, le dio tiempo de tomarse un café con canela y un marranito de piloncillo, se puso un pantalón que ya le llegaba por encima del tobillo, un suéter de lana cruda, zapatos de cintas que llevaba sin calcetines y un salpicón de agua fría para despertar, le dio un beso en la frente a su mamá y entre sonidos poco legibles se despidió.

Caminando por la arteria principal de su barrio podía ver en las banquetas entre tierra y olvido marañas de lana teñida que en conjunto simulaban como algodones de azúcar de esos que siempre veía en las ferias del pueblo. A Chago le gustaba coleccionar colores nuevos de lana, tenía una lata de café llena de estos, hoy en su camino, había encontrado una un tanto naranja oscuro que de acuerdo a los tejedores este bello color era obtenido con flores de cempasúchil, la cual se obtiene por aquello de noviembre. Una vez desmontados los altares los artesanos proceden a recabar lo que para otros puede ser basura para ellos es un tesoro que dará color y calor.

Pronto el joven llegaría a la tienda y desde lejos se observaba el movimiento de gente saliendo, comprando y haciendo cuentas, hoy sería un día laborioso, un día donde los pies duelen por ir de aquí y allá, donde la espalda suplica un descanso y así fue un día de andar primero descargando los productos frescos que entraban por

Simón Bolívar provenientes de las rancherías de Saltillo, después hacer un recuento de cada manzana, cada costal, cada frasco y sólo porque al día le faltaban horas de ser posible lo pondrían a contar cada grano de arroz, así era trabajar con don Pascual, quien destacaba por ser un hombre avaro y amargo, que no toleraba el error, la imperfección ni la mentira, era famoso por no lograr retener empleados más de un mes, pues todo el tiempo las humillaciones y gritos eran una constante; pero no en el caso de el joven Santiago quien no podía escuchar la antología de insultos y solamente podía observar como la boca del anciano se movía rápidamente así como las muecas de disgusto que efectuaba.

El reloj daba las 5 de la tarde y la gente parecía desaparecer, cuando de pronto entró alguien que fue delatado por la campanilla que al abrir la puerta emite su sonido. Era un grupo de tres hombres, logró distinguir a lo lejos el joven desde la bodega y volteó la mirada nuevamente a los frascos de especias que acomodaba con delicadeza para evitar quebrarlos, pues la última vez que tuvo un descuido chocó contra un estante y tumbó más de diez frascos los cuales al emitir el estallido de vidrios y vinagres inmediatamente dieron al tendero la señal de salir a ver sus pérdidas antes que a la estabilidad de su empleado e inmediatamente tomó una vara con la que hizo justicia hasta que la fuerza de su mano se lo permitió, al día siguiente, él tenía moretones en su espalda y rostro, desde dicha ocasión no volvió a ver a los frascos como un producto normal sino como a uno de mucho más valor que incluso a él; así continuó acomodando con recelo los estantes, mientras a sus espaldas aquellos hombres robaban sin piedad el dinero de la caja de cobro a la cual el anciano se aferraba entre lágrimas, súplicas y un rostro lleno de rabia pigmentado de rojo, a su vez gritaba la ayuda Santiago, pero este jamás atendió.

Pasados veinte minutos del atraco, el joven iba con una suave alegría impregnada en su rostro por culminar su tarea, en sus manos llevaba una rejita que utilizaría para comenzar a ordenar los racimos de hierbas aromáticas, que era uno de sus productos favoritos porque le encantaba el olor de la manzanilla, cilantro, laurel y en ocasiones llegaba el romero que venía de lugares que él no podía imaginar.

Frente a esto hubo un colapso de la emoción de alegría con la de sorpresa, donde el tendero lo estrujó al suelo, justo donde él se encontraba y lo tomaba de los hombros mientras gritaba con furia e impotencia culpándolo de aquel robo, él no podía escucharlo, pero por el aspecto desordenado de los anaqueles, la fruta pisoteada, la caja en el suelo y el hombre con sangre en su calva cabeza, sabía que algo malo se anticipaba para él, que aunque no fue partícipe sabía que por su condición la forma para defensa sería nula; en su mente pasaba la imagen de su madre llorando se veía en la ruina y viviendo en las calles, él no podía hacerle esto a la única persona que lo amó con tanta devoción.

Así que en cuestión de segundos y por instinto de supervivencia, aventó al hombre con todas sus fuerzas y salió corriendo mientras detrás se quedaban gritos donde lo acusaba de robo y de todas las calumnias por conocer.

Corrió, corrió y corrió como sus piernas le permitieron, su corazón se quería salir de su pecho, todo él se quería deshacer, el llanto era muy abundante, sentía la misma opresión en el pecho que sintió don Armando al abandonar su familia. Pasó por su casa y por los aromas reconoció a su madre a su sazón a sus recuerdos; no pudo detenerse mucho tiempo pues el miedo se apoderaba de su cuerpo y continuó corriendo hasta llegar a una fábrica de textiles y sarapes, donde había gente saliendo y entrando todo el tiempo.

Este era el espacio perfecto para ocultarse hasta que diera la noche y poder huir escondido en una carreta entre las inmensas cantidades de lana que entraban y salían como cobijas o sarapes. El joven entró cargando carretes de lana para pasar desapercibido y al entrar, quedó sorprendido de la belleza de colores que observaban sus ojos; los peines de los telares se movían de un lado a otro y las canillas eran desplazadas con una rapidez admirable, estaba atónito por el nivel de dificultad de este arte.

No pasó más de un minuto para que se acercara a uno de los telares y palpara la suavidad y calor de los tejidos, había personas de todas las edades, desde aprendices infantiles hasta personas que con dificultad podían ver por su edad, pero eso no impedía que el conteo de hilos y trama fuera hermoso, aquellos viejos tejedores le recordaban a su amigo Armando y eso le llenaban más de lágrimas, sus ojos, pues no había día que no lo recordara. Cómo olvidar que él siempre ganaba en el balero o aquellas pláticas alrededor de la olla de frijoles mientras cenaba antes de ir a casa, su voz pausada y congestionada, su sonrisa incompleta con sólo algunos dientes, él fue el abuelo y padre que nunca tuvo y jamás habría de perdonarse que si él hubiera llegado antes aún estaría con vida y él escucharía nuevamente.

De pronto, regresó a la amarga realidad y supo que ese anhelo era imposible, él no volvería a ver a su maestro y menos aún volver a escuchar el sonido de las campanas de catedral, así su madre cocinara tamales para toda la humanidad, se limpió con el brazo las tristezas y aterrizó el alma en el suelo.

No pasó mucho tiempo cuando uno de los viejos tejedores ya lo estaba enviando a lavar las madejas de lana cruda al patio del fondo, esto debido a que sus ojos le impedían distinguir rostros y lo confundía con uno de sus aprendices de nombre Jorge quien justo una noche antes había salido

con sus amigos a la pulquería del barrio y como era costumbre, se quedó dormido, él obedientemente ejecutó como entendió la tarea y únicamente llevó las madejas al balde y se fue, más tarde se dieron cuenta de que estaba sin lavar la materia prima y el amonesto sería para Jorge que se presentó el día siguiente.

Chago por su parte esperaba en la carreta dormido cómodamente, cuando de pronto sintió un tirón del arriero que comenzaba andar, por un momento tuvo tranquilidad de saber que se dirigía a una mina cercana a la cual tomaba un día llegar, esto en voz del hombre, pero en imaginación del joven pensaba que ahí comenzaría una nueva vida que le permitiría borrar toda una trama de tragedias.

FIN

Una historia revelada

Roxana López Castañeda

En tiempos pasados, se consideraba que la magia y los 4 elementos no se podían combinar, ¿qué pasaría si una chica lograra equilibrar las dos fuerzas ancestrales?

Sicilia es una isla ubicada en Italia, ahí estaba ella llegando en un barco a las 11 de la noche en un día de mucho viento y con un frío agradable, vestida con su gran traje rojo, y sus botas negras. Sus padres se habían muerto un atardecer del 6 de diciembre 2016, pero en su mano traía la carta de su madre.

Querida Andrea:

En una isla hermosa, con una historia impregnada en sus muros se encuentra la gran verdad que tienes que averiguar, sé que tienes miedo y en estos momentos no sabes quién eres, mi niña hermosa. Me equivoqué al ocultarte la verdad, pero pensé que hacía lo correcto para que llegaras a tener una vida normal.

Sicilia es mi viejo hogar, ahí pasé momentos que marcaron lo que soy. Tienes que ir. Cuando llegues, busca a mi vieja amiga Isabella, ella te ayudará, y también te explicará lo que necesites. No te rindas, eres especial y tienes un poder inimaginable en tu ser. Recuerda esto, mi bebé. No todo lo que brilla es oro y no todas las personas son de confianza, muchas de ellas querrán tener lo que tú posees.

TE AMAMOS.

Y ahí se encontraba caminando por las calles de la isla que su madre le había contado, se puso en camino a encontrarse con Isabella. Mientras recorría las viejas

calles, se empezaron a escuchar relámpagos y comenzó a llover. Andrea empezó a correr hasta que se adentró en un pequeño restaurante con un estilo peculiar, estaba lleno de velas con mesas de madera y rápidamente se sienta en una que se encontraba sola, se quitó su capucha, y de la nada escucha la voz de un joven que le dice:

- No eres de por aquí, ¿verdad?

- No, ¿tanto se nota?

- Un poco, me llamo Lucas ¿y tú, chica misteriosa?

- ¿Misteriosa, en serio? Me llamo Andrea y me tengo que ir.

Se va del restaurante, pero recuerda que no sabe el paradero de Isabella. Parece un buen chico, se dice a ella misma, da media vuelta y vuelve al restaurante para buscarlo con la mirada y va directo hacia él, al instante él siente la mirada dejando los vasos sobre una mesa.

- Pensé que ya no iba a volver a verte, ¿qué necesitas, Andrea?

- Yo sé que apenas nos conocimos y te dejé hablando hace un momento. Sin embargo, necesito preguntarte algo, como sabes no soy de por aquí, pero tengo que conocer a alguien, se llama Isabella, ¿la conoces?

- No te preocupes. Y sí, todos la conocen, más no suele recibir visitas.

- Es importante, ¿puedes llevarme a su casa?

- Ahora, ¿no crees que es un poco noche?

- Lo lamento, no vi la hora.

- ¿Tienes dónde quedarte, Andrea?

- No había pensado en el hospedaje.

- Para tu suerte, este chico conoce un lugar para ti.

Salen del lugar y se encuentran con una tormenta, Andrea voltea con Lucas.

- Ojalá dejará de llover.

De la nada, la tormenta cedió, mirando al cielo Lucas dice:

- Tu deseo se hizo realidad. Vamos, el lugar es por aquí.

Caminaron a un hotel llamado "Islas" para rentar una habitación, le asignan una y Andrea se despide.

-Gracias, Lucas.

-De nada, mañana vengo por ti para llevarte con Isabella ¿te parece bien?

- Claro, te veo mañana.

Andrea se dispone a bañarse, pero al preparar su bañera y meterse, se resbala soltando un chorro de agua en el piso; al enojarse, mueve sus manos y el agua se levanta, asustada cierra la cortina y se queda inmóvil pensando en lo que acaba de suceder, levanta una vez más sus manos, y empieza a mover sus dedos observando como gotas de agua subían hacia ella, salió de su baño poniéndose su bata mientras se dirige a su cama a pensar lo que acababa de hacer y ¿si eso era de lo que hablaba su mamá?, esa era la idea que estaba en su mente hasta quedarse plenamente dormida.

Se despierta por el sonido de la puerta, era Lucas, se había quedado dormida y se apresuró a cambiarse para poder abrir la puerta.

- ¡Ya voy!

Al salir lo mira con dos cafés, se saludan en el pasillo poniéndose en marcha para ir a encontrarse con Isabella.

- ¿Estás seguro de esto? En verdad, jamás hemos visto que reciba visitas.

-Claro que estoy segura, mi mamá y ella eran amigas.

Se suben al automóvil de Lucas, 10 minutos después se encontraban en la entrada de la casa de Isabella.

- Es allá arriba, pero tiene que darnos acceso, así que tendrás que hablar por la bocina.

-Para decir que no recibe visitas, sabes mucho, ¿no?

-Tengo curiosidad, es raro que salga al pueblo.

Andrea se baja del coche para caminar a la bocina para recibir acceso.

-Hola, Isabella. Soy Andrea Williams, hija de Hayley.

-Es imposible, ella no tiene hijos.

-Claro que tiene, soy yo, ella me mandó, dijo que tú me ibas a contar la verdad.

- No sé de qué estás hablando, niña. Me haces perder el tiempo.

- Ellos me están siguiendo, por favor, los miro todo el tiempo, me están pasando muchas cosas extrañas, ¡ayúdeme!

- ¿Cosas extrañas?

En ese instante, el clima empieza a cambiar bruscamente con el aire más fuerte antes visto en la isla, Andrea estaba desesperada en el suelo, su cabeza

no dejaba de escuchar las voces. Isabella baja corriendo la colina para saber que pasaba, la encuentra tirada de rodillas, ella estaba ocasionando todo, y ahí entendió que la hija de su amiga podía terminar con toda la oscuridad, su poder se había desatado, tuvo que llamar al Consejo de Sabios, pero la ayudó a tranquilizarse.

- Andrea, tienes que luchar, no son reales, mírame, soy Isabella.

- ¿Qué le pasa? Ahorita se encontraba bien.

- Tenemos que llevarla adentro Lucas.

Los tres entraron a su casa e Isabella empezó a buscar en todos los libros antiguos, iba ser un desastre si Andrea no lograba controlar su poder, necesitaban entrenarla para tener un balance perfecto con sus dones.

Pasaron 3 meses de preparación: Andrea apenas dominaba el agua y el aire, la tierra estaba en su comienzo, pero el fuego se mezclaba con su magia, al momento que trató de hacer un hechizo de anclaje con sus ancestros, el cuarto se prendió en llamas, pero no se propagaba, ahí entendieron que Andrea tenía una furia que no podía comprender, todo se erradicaba al asesinato de sus padres, el Consejo empezó a mover todo en la isla, estaba a días de explotar, según la profecía y no tenían tiempo de conformarse con el poco control que tenía.

Daniel, hijo de uno de los ancianos del consejo estaba presionando todo el tiempo, quería el poder de Andrea, anhelaba ser el único puente de conexión con los ancestros, pero no tiene el poder suficiente. Isabella sabía que Lucas la podía ayudar, era el único

que tenía lo necesario para acercarse a ella, jamás le haría daño.

Al día siguiente, se pusieron en camino al cementerio y dentro de él había una cripta enorme en la cual podías introducirte hasta llegar a una cueva. Ahí se apresuraron a prender las velas y se podía apreciar un libro antiguo con jeroglíficos escrito en un lenguaje de miles de años, al momento que Lucas trató de levantarlo se les quemaron las manos y tirándolo al suelo Isabella le ordena a Andrea que lo tomara, sólo una verdadera maestra ancestral podría sostenerlo, sin embargo, en el momento que Williams lo tomó, sus ojos empezaron a sangrar, pero ella no cedió, necesitaba la información para poder salvar la isla de su madre, era el único recuerdo material que le quedaba de ella.

Daniel los había seguido y empezó atacar a Lucas, lo iba a matar. Isabella trató de lanzarle una maldición, pero no pudo, él era más fuerte. Andrea seguía luchando con los ancestros para demostrar que era digna de su ayuda, todo empezó a moverse y la cripta se estaba cayendo, era demasiada energía, todo iba a colapsar, Lucas logró zafarse, pero no escapar, Daniel estaba en la única salida que existía y pensaron que podía ser el fin hasta que Andrea lo tomó de la cabeza para dibujarle una cruz de sangre en la frente y empezó a recitar lo que Isabella le había susurrado.

Una vela roja que se encontraba en el fondo, formó una llama incomparable, era fuego y magia oscura uniéndose como nunca antes visto, el final se aproximaba, en cuestión de segundos todo el Consejo de los Sabios llegaron para matarlos, la querían a ella, tenían que irse, pero era tarde. Andrea lo había hecho, lo asesinó, tenía sangre en sus manos, los ancianos

utilizaban todo lo que tenía en su poder para debilitarla y fue ahí cuando Lucas comprendió lo que pasó aquella noche, Isabella y Andrea habían discutido muy gravemente sobre el destino de todos nosotros, el problema no era el pueblo, por muchos años anhelaban un poder que no podían tener, Isabella se dio cuenta de sus intenciones y trató de alejarla, justo como la madre de Hayle lo había hecho con ella, todo estaba hecho, la gran heredera llegó a encarnarse; explotó todo, pero nadie salió herido, estaban parados en medio de muchas tumbas, se cazaban entre ellos, Andrea sólo quería que Lucas estuviera bien, pues se había enamorado, pero tenía miedo de admitirlo.

En ese momento, uno de los ancianos atraviesa a Lucas con una daga y Andrea al mirar caer a Lucas lleno de sangre soltó un grito agonizante, todos sus poderes se hicieron uno, la rabia y el dolor mezclados hicieron imparable a Andrea empezó a pulverizar a cada uno de ellos. Isabella corre por Lucas, se desangraba, la noche parecía eterna, estaban empapados de sangre. Mientras Andrea peleaba, Isabella utilizaba sus poderes para curarlo, pero la daga provenía del infierno, por lo tanto, era imposible que un mortal sobreviviera. Con lágrimas en los ojos le susurra que descanse y él contestó:

-Dígale que la amo desde el primer día que llegó al restaurante con su traje rojo y empapada por la lluvia.

Y dio su último aliento.

Al llegar, Andrea empezó a llorar devastada, trataba de revivirlo, pero todo fue en vano no podía hacer nada, recogieron el cuerpo y en ese mismo instante convirtieron su cuerpo en cenizas para poder llevárselo a casa, Lucas no tenía a nadie más,

guardando los restos en una urna, se prometió a si misma que lo iba a revivir.

Saliendo del lugar hechas un desastre con sangre y tierra comprendió que necesitaba dominar sus poderes al 100 por ciento. Caminando por las calles se podía sentir la paz y el silencio hasta llegar a casa de nuevo, pasaron los días, pero aún no se perdonaba no haber protegido a Lucas en ese momento. Así mismo, cada noche practicaba en el ático porque sabía que en el fondo la profecía no se había terminado, otras personas volverían a tratar de matarla, y para ese entonces ella estaría preparada para luchar y con sus poderes controlados y anclados a un aquelarre podría revivir a su amado para estar a su lado.

FIN

Una pequeña gran historia acerca de Ella

Por Lucía F. Cano Salazar

No recuerdo cuando la conocí, he pasado horas incluso días enteros tratando de recordarlo, pero mi memoria no es capaz de llegar a ese momento. He hablado seriamente con el dios del sueño pidiéndole que por las noches de descanso traiga a mi mente ese instante de mi vida, pero nunca he obtenido una respuesta.

No recuerdo cuando la conocí, pero lo que sí tengo lo suficientemente claro, es que siempre está presente, no sé cómo ni porqué, pero no hay remembranza en la que no se encuentre.

Pero, en fin, les voy a contar, Ella era una mujer simple, una mujer trabajadora que entre una multitud y para la vista sin entrenar, podía pasar desapercibida, nunca nadie notaría ni su presencia ni ausencia. Sin embargo, para mí, que siempre la conocí, sabía que era excepcional, sabía sin lugar a duda, que tenía superpoderes, esto no es una broma, no es algo que solo suceda en los cuentos de hadas, Ella en verdad tenía superpoderes.

¿No me creen?, no los culpo. No todos tenemos el placer de conocer a un héroe o heroína, los máximos acercamientos con ellos suelen ser sólo en las películas o historietas, pero existen, son reales y pocas veces nos dejan ver esas maravillosas cualidades que los hacen ser excepcionales, irreales y procedentes de otro mundo.

¿Qué? ¿Ya quieren saber más de Ella? ...Lo sabía, nunca nadie puede soportar la curiosidad. Prepárense, esto se va a poner muy interesante.

No recuerdo cuando la conocí, pero sí recuerdo que tenía que voltear hacia arriba para poder ver su cara, era grande, muy grande. Siempre vestía de blanco, un blanco deslumbrante y en tiempo de frío (y supongo que, para despistar al enemigo) usaba un suéter verde, con el tiempo descubrí que tenía más disfraces, a veces muy sobrios, y otras con tantos colores que hacía que la felicidad reinara en el lugar donde estuviera. Pero sin duda, su disfraz blanco era mi favorito, parecía casi invisible, porque su tono de piel, como yo siempre lo describí era “color leche”, parecía un camaleón mimetizado debajo de esas vestimentas, podía ir a cualquier lugar sin que notaras sus movimientos.

Después de un tiempo de convivir con Ella, y porque obviamente soy muy perspicaz, noté que no era normal su forma de ser, sin embargo, aún no sabía explicar en qué radicaban esas diferencias, simplemente para mí eran obvias, pero no encontraba las palabras para explicarlo.

Una vez, descubrí que tenía la maravillosa habilidad de dormir a las personas, y después de observar varias veces el procedimiento, fue tanta mi curiosidad que pregunté cómo lo hacía, necesitaba saber. Me imaginaba aplicando ese gran conocimiento contra mi maestra de kínder y una vez que se encontrara en un profundo sueño, gritarles a todos mis compañeros “¡Vamos a los jueguitos!”, ¿quién podría detenernos?, ya no habría autoridad. Así que insistí, “vamos ¿dime cómo lo haces?” Y Ella me lo explicó, y yo se los comparto a ustedes, es un procedimiento muy complicado y al parecer no hay muchas personas que puedan llegar a dominarlo, si no naces con el don. Pero, según Ella, dormir a las personas era muy sencillo, la técnica la conocía como “hacer piojito”. La verdad,

nunca entendí por qué ese nombre, supongo que los piojos son muy flojos, pero eso nunca se lo pregunté. En fin, cuando la persona en cuestión se encuentre al alcance de una de tus manos, empiezas a rascar con uno o dos dedos su cabeza, tienes que ser paciente, hay humanos que tienen mucha resistencia y otros que no aguantan ni unos cuantos segundos. El punto, es que después de determinado tiempo de hacer este audaz movimiento, la persona en cuestión visitaba a Morfeo, Ella los dejaba fuera del juego sin poner en riesgo su integridad. Era impresionante.

Muchas veces le pedí que aplicara la técnica en mí, y yo pensando que también tendría superpoderes, suponía que un día la iba a vencer, sin embargo, eso nunca sucedió, cada vez que me encontraba bajo el yugo de sus dedos en mi cabecita, caía en un profundo sueño. Además, tengo que confesar que nunca dominé la técnica.

Otra cosa, recuerdan a los magos, que tenían sombreros sin fondo, y que de ellos podían surgir, conejos, palomas, pañuelos e infinidad de objetos, que definitivamente no cabrían ahí. Pues Ella también era mago, no tenía un sombrero de copa, sí usaba uno con su disfraz blanco, pero supongo que no lo utilizaba en la magia porque era muy chiquito y sin paredes donde pudiera ocultar todos los objetos. Así que, otro accesorio dentro de cualquier disfraz que utilizaba, (sólo recuerden que el blanco es mi favorito), era un bolso de mujer, sí un simple y sin chiste bolso de mujer, la única característica especial que debía tener, era que fuera un bolso hecho de piel y en León, Guanajuato. Es obvio que los magos saben dónde comprar sus cosas, creo que desde ahí empieza la magia. En fin, sin un sombrero de copa, pero armada de su bolso de piel Leonense, era capaz de sorprendernos con los más

espectaculares trucos. Necesito un lápiz, decía alguien, Ella abría su bolso y sacaba uno de ahí. Ya sé, ya sé, un lápiz no es impresionante, pero espera hay más. Tengo sed, se oía por ahí, Ella sacaba una botella de refresco y te la ofrecía, ¿tampoco los sorprende?, pues aquí viene lo mejor. Tengo hambre, regularmente yo era la que decía eso, y mágicamente de su bolso sacaba una bolsa con una docena de tamales, sí señoras y señores, una bolsa con tamales, nunca he dudado que una persona que sea capaz de darte tamales de esa manera no tenga poderes mágicos. Obvio además del lápiz, el refresco y los tamales, había servilletas, tenedores, un plato, un vaso, papel sanitario, un termómetro, una libreta, una bolsita más pequeña, muchas pastillas diferentes, un dulce de leche de Parras y dinero, mucho dinero.

Yo sabía que Ella era rica, creo que era parte de sus superpoderes, de su bolsa Leonense surgían monedas y monedas, de todos tamaños y colores, Ella me las daba y yo las canjeaba por “chucherías” como Ella las conocía. Mis mejores chucherías eran los elotes en vaso y la Nieve Ramos, hasta la fecha sigo convencida que con los superpoderes convencía al elotero y al señor de la combi de la nieve Ramos para que se estacionaran fuera de su casa, y así yo pudiera salir corriendo a cambiar mis brillantes monedas por sus fabulosos productos sin correr ningún riesgo.

Bueno, tengo otra teoría, tal vez en algunas ocasiones recibía ayuda de un amigo, yo nunca lo vi, pero Ella decía que vivía en todas las iglesias, obviamente este amigo suyo también tenía superpoderes, pero él sí era bien invisible. Su amigo me causaba gran intriga, cómo podía estar en todas las iglesias, y ¿por qué si está ahí? yo no lo puedo ver. Ella me dijo que si lo quería conocer

tenía que acompañarla a las iglesias, tenía que ser una niña bien portada y si yo seguía sus instrucciones, en primer lugar, podía pedir un deseo y tal vez algún día lo podría ver.

Créanme, visité muchas iglesias, no sólo aquí, fui a Zacatecas, Ciudad de México, Aguascalientes, Michoacán, Hidalgo, Tlaxcala, Puebla, Nuevo León, Guadalajara e incluso la mágica ciudad de León, Guanajuato, donde Ella compraba sus bolsas de mago. Pedí muchos deseos, pero nunca lo vi, nunca lo conocí. Me sigo preguntando si será real, o es algo “especial” entre superhéroes y que los simples mortales no podemos distinguir. Pero, en fin, Ella lo quería mucho, y no creo que me mintiera acerca de su existencia.

Después, también me di cuenta de que Ella tenía la capacidad de “curar” todos los males, siempre decía que era con la ayuda de su amigo. Por alguna razón, hubo un tiempo en que yo siempre estaba enferma, fui con muchos doctores, que recibían ayuda de mujeres que vestían disfraces muy parecidos al de Ella, pero obvio el de Ella era el mejor y mi favorito. Mientras me encontraba en la sala de espera de los hospitales vi a muchos niños llorando desconsoladamente, llorando como si sufrieran el peor dolor de su existencia, y yo no me explicaba por qué, si lo único que iba a pasar es que les iban a poner una inyección. Yo nunca dejé que las otras mujeres con disfraces blancos me inyectaran, yo la tenía a Ella y Ella tenía un líquido mágico que hacía que las inyecciones no me dolieran. Ven como si tenía superpoderes, les dije que no era mentira.

Pero lo mejor venía después, al parecer los doctores con sus recetas, no lograban curarme de mi enfermedad. Pero Ella sí podía, sólo era cuestión de

que entrara a la cocina y preparara una poción mágica, que Ella y sus ancestros (también superhéroes, supongo) conocían como “caldo de menudencias”, lo tenías que comer recién hecho, súper calentito y a veces hasta con tortillita, y después de preferencia tenías que irte a acostar, ese caldito siempre daba mucho sueño. Pero cuando despertabas, ya no tenías ningún malestar, no había fiebre, no había dolor, no había ninguna molestia. Según Ella, el principal ingrediente de la poción era el amor, nunca supe donde lo compraba, pero supongo que era carísimo porque era de la mejor calidad; eso no importa Ella era muy rica, siempre tenía monedas en su bolso mágico.

Cuando tenías una enfermedad que no se podía curar con inyecciones o con su caldito mágico, tenía otra estrategia. Creo que debías estar muy grave para que se aplicaran estas técnicas, pero créanmelo o no, Ella te curaba con un huevo, un huevo de gallina. Murmuraba muchas cosas mientras recorría tu cuerpo con el huevo, Ella me explicaba que hablaba con su amigo, pidiéndole que te curara, pero igual, nunca entendí ¿por qué un huevo? Tal vez a su amigo le gustaba desayunar huevitos, no lo culpo, a mi también me gustan mucho.

Y pues yo siempre tan enfermiza, tenía que estar supervisada en tiempo de frío, pero ¿Frío? Yo nunca tuve frío, Ella, de algún otro lugar mágico obtenía un material al que denominaba estambre, y con la ayuda de dos inmensas agujas (sí, agujas) hacía movimientos indescifrables, creo que es de las cosas más peligrosas que la vi hacer, pero al final los resultados eran hermosos suéteres, coloridos gorros y bufandas y no podían faltar las mullidas cobijas con las que nos cubríamos cuando estábamos en la sala.

Insisto, no recuerdo cuando la conocí, pero todo lo que recuerdo de Ella es impresionante, espero que ustedes tengan la oportunidad de conocer a un superhéroe, sólo pongan bastante atención, muchas veces es complicado reconocerlos.

A Manú

FIN

Saltillo, Coahuila,
Infoteca Central Unidad Saltillo,
Diciembre 2021